Territorio preternatural. Capítulo 2

Martín Morales Garza

Capítulo 1

2.

Somos tres en la mesa

Lunes 06/IX/2010 12:20hrs.

La enfermera salió de la habitación, entonces Letie se sentó a un lado de su abuela, estable a pesar de su inconsciencia. El ambiente y el silencio erizaban los vellos, quizá por la costumbre de las fiestas, antros y las reuniones después de alguna de las dos anteriores.

Al centrar su atención a un punto en específico de la puerta, el color del lugar logró relajarla, dudó si se trataba de las consecuencias por desvelarse o el hospital había conseguido deprimirla, lo suficiente para adormilarla.

Karina Crane abrió los ojos y contempló a su nieta engarruñada en el mueble resbaladizo color verde pera. Al carraspear la garganta, Letizia se incorporó sin demora. Con seriedad, cuestiona si avisó a Jillian, oye un "sí", el SMS mandado mientras el señor Fristen las auxiliaba, pero aún no había respuesta, bostezó y preguntó a la señora cómo se sentía. Antes de dormitar unos segundos, indicó estudios de todo tipo y quedarse bajo observación. Letizia, entretanto hurgaba en su propio bolso, afirmó que eso lo autorizaría el seguro médico, el comentario de la nieta mayor provocó que volteara los ojos, cuestionó qué buscaba, resultó que necesitaba el celular para avisarle a "la muchachita".

— Llévense bien, muchachas —aconsejó—. Jack Nicholson, Letizia —afirmó sonriendo. La nieta arrugó el ceño y las líneas en la frente parecían garabatos—. Acordamos no volver a mencionarlo, pero para que entiendas a qué me refiero.

Para cerciorarse que no administrasen un suero erróneo, se acercó mientras cuestionaba sus temores.

— No estudiaste lo suficiente para identificar qué estoy recibiendo, corazón —refunfuñó después que Letie recibiera una notificación en el celular.

Apresurada, reveló que "aquélla" llegaría en cualquier momento, pero recibió la restricción de acceso para Jill, no discusiones entre ellas, se acostó de lado y pidió que hablara a la enfermera. Al abandonar el cuarto, Letizia exclamó: "Lo que usted ordene, generala". Pero casi chocó con un

camillero, el cual se mostró sonriente ante ella.

Lunes 06/IX/2010 12:25hrs.

Owen se estacionó a espaldas de un **Wal-Mart** y conversó con alguien que parecía enfurecerlo. Jena estaba recargada en la puerta del piloto mientras tarareaba el estribillo de <<Love>> de Lana Del Rey[1]. Jerrod averiguó el nombre de la cantante, Jena lanzó un beso, respondió que él no la conocía, guiñó el ojo y reveló que tampoco llegaría a conocerla, entonces tomó aquello como una amenaza, supuso que estaba molesta con ellos y pidió que tuviese presente la adoración que ellos profesaban hacia una mujer con moral.

— Si se ha adaptado para portar y usar un maldito teléfono celular, ¿cómo no va a lograrlo con ese estúpido detalle? Además, cada época tiene su moral. ¿Recuerdas cuando era erótico ver la zapatilla o el guante de la fémina? Hasta en el teatro, era una locura e inaceptable salir semidesnudo…
— Olvidaste lo más importante, Jena: se es completamente estúpido si se confía en una mujer.

El encendedor dorado quemó la punta del cigarrillo oscuro. Por un momento, Jerrod sintió que los ojos celestes de la monstruo eran penetrantes, lo atañó al rímel. Jena halló una horquilla para recogerse el cabello. La cuestión de la edad salió, si ella desconocía los años que él cargaba, pero el tono juguetón no la persuadió a desistir.

En la otra línea del celular, alguien se negaba a cooperar y Owen gritó que aceptara “la maldita orden”. Felkins y Mills exhalaron el humo de sus cigarros oscuros, la rubia preguntó qué le sucedía a Owen, la respuesta fue “Cara Muela”[2], quien ocultaba las grabaciones en tiempo real de Andrea. De pronto, Owen se acercó, arrebató el cigarro a la monstruo, ésta canturreó:

— Yo te invito. Prueba.
— Al parecer, Andrea está débil por no portar el collar —afirmó Owen.

Con tranquilidad, Felkins inquirió si eso debería impresionarla, luego reveló que el objetivo se alojaba en el **hotel Challemel**[3], pero Myra estaba encargada con lo encomendado y Jerrod la arrinconó, cuestionó el motivo de ocultarlo desde el principio.

— He obrado mal, porque conozco el Bien —respondió Felkins y los hermanos entrecerraron los ojos al mismo tiempo—. Hubieras mandado a cualquiera de la división “hombres de negro” o a “Cara Muela”. De estar en tu lugar, me apresuraba por encontrarla antes del desmembramiento

que orquestará Myra —confesó golpeando la caja de madera.

El objeto fue arrebatado por Owen, recordó la promesa de controlar a la criatura, pero Jena lamentó la confusión, pues la *quisinérgica* obedecía a conveniencia y confesó que aquellas imprudencias eran simpáticas, luego relució un encendedor dorado. Mills se despojó del collar de colmillo rojo[4], cuestionó por la sucursal de la franquicia, pero sólo consiguió que su ira fuese graciosa para Felkins, la cual miró a Jerrod, éste afirmó saberlo por la mirada, aunque esa intuición ahondó una herida cicatrizada.

Owen estaba más cerca de la respuesta, inquirió si era el bendecido por *la Gran Bruja Blanca*. Jerrod enmudeció ante la ola de recuerdos, repletos de encuentros sexuales con Jena, quien hizo una reverencia con la mano izquierda. Con el colmillo carmesí, de nuevo, acomodado en su cuello, sugirió a la rubia que se comportara.

— No pues, de manera figurativa, estallaré en cuanto vea a Andrea—confesó Jena.

Antes de ponerse tras el volante, se retractó con la sugerencia de guardar compostura y guiñó el ojo. Felkins se retiró el arete derecho, enterró la garra de monstruo en el cable capilar de Myra para establecer contacto.

Lunes 06/IX/2010 12:32hrs.

Narrado por: Andrea Hirene Tosslin Eszterhas.

Los hilos líquidos, expulsados por los orificios de la regadera, aterrizan, humedecen y recorren cada centímetro del cuerpo, ajeno o compartido. No lo sé. El ser, aún interesado en protegerme, es el segundo en la tina. Sus dedos son complacientes, bajan como se lo indico, provocan un escalofrío en la espalda baja, murmuro por el momento en que podré verlo, afirma que será cuando defina su apariencia, su respuesta telepática sonó igual a mí, respondo que no decidiré, que me agrada cómo lo describieron en el pasado.

Las ganas inmensas por recorrer la línea que se encuentra entre el ano y la vagina, asimismo otras zonas —como las axilas, los antebrazos y la nuca— invadieron mis pensamientos. Esos impulsos son señales que "Wylie" (lo llamo así) está presente. ¡Y vaya que se encuentra cerca! Es hora de terminar la ducha.

Abandono la tina, veo una docena de moscas ahogadas, arrastradas por un remolino de agua estancada. Me seco y salgo del baño

para contemplarme mientras desenredo los mechones húmedos.

A veces me miro en el espejo y luego de no gustarme lo que veo extraño aquello que solía ser y tener una vida tranquila con mis padres mi hermano y amigos cuando era sólo una persona más en este mundo ahora lo único que veo es un ser maldito que tiene las manos manchadas con sangre ajena por hechos que ni siquiera tenía conocimiento la necesidad de huir por algo que no hice con los sentidos despiertos o mejor dicho por dos cosas y que me implicaban ellos me querían y no me recibirían muy bien después de todo.

Justo cuando carraspeo, alguien golpea la puerta, atiendo el llamado: la mucama dice "servicio al cuarto", sostiene la agarradera de un carrito con artículos de limpieza, su estatura baja y tez morena me dan cierta confianza. La invito a pasar. Ella va hacia la cama, recuerdo la maleta abierta y expuesta a cosas prohibidas para los demás. Cuando intervengo, digo que la molestaré al llevarme la maleta, no termino las cuatro letras de la palabra, porque no hay nadie en la habitación.

Me dirijo hacia las puertas corredizas, a un lado de la cama y que dan al exterior, pero están más que cerradas y acabo de recordar que, hace rato, no pude abrirlas. Siento un escalofrío muy intenso en mi espalda y estática en el cuerpo. Doy la vuelta y allí está la misma señora, pero con semblante distante, aviso que tomaré lo mío, aunque presiento que ocurrirá lo peor y sí, ella repite la frase de hace unos instantes.

Al desfigurarse la imagen, los mechones caen, los ojos se tornan blancos y la piel empieza a derretirse como capas de cera. Esto no es más que otra pesadilla. Al menos, intento ver esta alucinación como tal. Tallo mis ojos con fuerza, pero el ruido de la puerta me desconcierta al cerrarse, corro en dirección a la salida, ignoro el cuerpo vibrante deshaciéndose cerca de la cama. El picaporte está duro, no puedo girarlo. Estoy atrapada. El televisor se enciende mientras busco el celular o la manera de salir de aquí.

De repente, el aparato humea, luego un sonido robótico se escucha —como algo típico en las películas de ciencia ficción— y, en ese momento, aparece Myra: con sus *atributos* censurados, los ojos negros en su integridad, el característico cuerpo grisáceo y la melena cobriza con cables celestes.

En el baño, activo el seguro y escucho el estruendo provocado por la destrucción del foco (a pocos centímetros de la cabeza). Trato de iluminar con el celular, pero la batería se agota muy rápido, eso ocasiona que se apague con el tono de finalización, pero interrumpiéndose abruptamente.

En el lavabo, está lo que solía ser un cilindro de cera carmesí, la cual enciendo con *piroquinesis* y esto me ayudará a invocar a la diosa Gea.

— *OSTENDE DOMINAE CURATORAE NOSTRAE* —recité: la deidad de bucles dorados apareció de perfil.

La vela se consume rápido tras mi petición, desaparece, veo una cajetilla **Gold Rush** y Wylie farfulla que no me atreva. No hay otra alternativa, lo sabemos.

Al tomar dos cigarrillos, la punta del mío es envuelta por una pequeña llama centelleante y el segundo, entre los dedos de la mano izquierda. Cerca de llegar a la mitad, el cuarto está invadido de humo y cuando los ojos comienzan a cristalizárseme por lágrimas imprudentes, mi silueta en el espejo se torna oscura: un hombre mayor exige un cigarro, el espejo funge como portal y el éxito de la entrega es señalada cuando se escucha un celofán desarrugado. Mi deseo consiste en la eliminación de Myra, preciso sus características físicas (desnudez, cabellera azul y puntas cobres), el ente afirma con la cabeza, pero un movimiento en falso deshace la mitad consumida por el fuego. Lo anterior, se dice, altera al invocado, quien brama que ni un solo deseo va a cumplir, corre hacia el espejo, Wylie le intercepta cuando se materializan, él dice que se encargará del Fumador, que yo necesito escapar y veo cómo ambos arrancan los ojos de su contrincante mientras exudan sufrimiento.

Sin perder nada, golpeo en el techo por si hay un conducto de aire o algo que conduzca a un túnel para escapar, entonces el silencio impera en el lugar, aquel sonido blanco tan irritante.

La regadera explota. El agua alcanza a mojarme el rostro, subo al retrete y se hace notar un golpe —muy fuerte— que traspasa la puerta y deja una estela con pequeñas centellas. Acto seguido, la reja que obstruye el acceso por el ducto se ha desvanecido gracias a la energía liberada de mi mano. Casi logro escabullirme, pero la fuerza del azotamiento —que sufre el acceso al sanitario— da señal que ha entrado, sus manos tocan mi tobillo y provoca una sensación que invade mi pierna. Pierdo el control.

Mi más profundo deseo es desaparecer de este jodido lugar desolado y se cumple la plegaria, en efecto: caigo en el pasillo del tercer piso. Con esfuerzo, me incorporo, estimulo la pierna adormecida para correr, pero Myra frustra ese intento al agarrarme el cuello. De pronto, el escenario cambia con una ola de calor y aterrizo inmovilizada en la cama del cuarto alquilado con una fuerte descarga eléctrica.

La criatura grisácea consigue que los cables, de cada aparato en el cuarto, se dirijan hacia mí y los enchufes se tornan en un naranja

incandescente: el maldito Averno se materializa en el ardor, las quemaduras y bramo que es una maldita zorra hasta el desgarramiento de la garganta o el aminoramiento del dolor, la saliva cae al maldecirla. Escucho la voz de alguien y esas serpientes de enchufe macho dejan de usar mis brazos como tomacorriente.

Mi ex compañero de la facultad, no recuerdo su nombre, vocifera que es suficiente. De pronto, una rubia regaña a la maldita eléctrica, lo dice de un modo dulce, pero contundente, luego pienso que es una pesadilla, rezo que no sea la monstruo rubia: abro los ojos y sí, es Jena, quien agrede a la *quisinérgica*. Me enderezo, otro muchacho interviene, pregunta si estoy bien y contengo una majadería por su físico[5]; por otro lado, los recuerdos son hirientes y grito, cuestiono sin afán de una respuesta por su presencia o si ellos son responsables del ataque, aunque sé que Jena lo es.

— ¿Así nos recibes después de evitar que fueras carne asada? Ni el golpe a mi pobre mascota —exclamó Jena—, pero eso no significa que quiera verte. Vete de aquí —sentenció a modo de orden mientras la otra ''mujer'' intentaba escaparse a través de la pantalla del televisor, Jena corrió hacia el aparato y lo rompió—. ¿Algún herido?

Jerrod precisa que sólo la mucama que Myra usó para transformarse, menciona el *sleeze*[6], pero Jena avisa que no hay bajas humanas por parte de la *quinesérgica*, excepto Martha, luego Jena ve el cuerpo escondido en el carrito de limpieza, reprueba que asesinara a una señora latina y afirma que odia los estereotipos.

— ¿Qué hacen aquí, Owen? Prometieron que si me marchaba de Guadalquivir, me perdonarían la vida, es más, hasta prometí por escrito que jamás volvería a la ciudad —exclamé con impotencia.
— Y sin embargo estamos aquí —intervino Jena.

Owen dice el nombre de la monstruo para callarla, luego se centra en mí, revela que van a interrogarme; Jerrod corta su muñeca, derrama la sangre en un vaso y eso ayudará a sanar las heridas, que se cicatrizan con lentitud. El sabor a agua de ajo con sal me orilla a expresar cierto odio hacia esa "mierda vampírica", pretendo una huida, pero Jena aparece y vuelo hacia otro punto de la habitación.

Lunes 06/IX/2010 13:15hrs.

Los hermanos desaprobaron la decisión de la monstruo, quien se justificó por la confusión con los vampiros, llamó "pendeja" a la inconsciente, sentenció que estaba "desubicada" y Jerrod intuyó que, por el consumo de

sangre, existía tal comparación con los otros seres.

— Nosotros podemos exponernos a la luz del día, nos desvanecemos y somos carnívoros. Carajo —agregó Jena.

Owen señaló que no se desviara, que dijera la hora en que se despertaría, ella dudó por unos segundos, pero estuvo segura que se hallaba en coma. La respuesta revelada los puso en jaque, pues supuso que despertaría ese día a las siete de la noche, lo cual molestó al mayor, la confrontó y la rubia aceptó que lo jodía con saña. Sin mirarla a los ojos, dijo "claro, amor", frunció los labios, como si fuese a besarla y ordenó que la llevaran al *PENTHOUSE* con resignación.

Lunes 06/IX/2010 13:30hrs.

Dougray comería con las Gellar. Los chicos degustaban la ensalada principal, como tradición en esa familia antes de cada platillo, incluido el desayuno: espinacas, arrachera, queso panela, ajo y tomate con gajos de papa cocida. De vez en cuando, Dalia Gellar comentaba sobre la salud de Karina mientras, entre pausas de la conversación, iba hacia la cocina[7]; en esos lapsos, Mónica proseguía con el asunto de la cita con Owen, debido a que el tema de la abuela de Jill estaba cumpliendo una función fática en la charla: Doug intuyó que no había pérdida en salir con Owen, masculló que usara el naipe de concentrarse en el último semestre, comodín de mantener el promedio, saboreó una rebanada de queso panela antes que ambos concluyeran: la competencia debía darse consigo mismo y Gellar dudó si recibiría el mote de *NERD* por la preservación del promedio.

— *Tu misión es mantener la beca para la maestría en Francia* —intervino Dalia desde la cocina.

Los muchachos palidecieron por la intromisión de la madre de Mónica. La señora los escuchó porque escuchaba a través de la puerta. Mientras aminoraba la voz, la muchacha añadió que Fristen tenía la facilidad de despreciar a alguien, pues lo hizo con un ex novio "prometedor" (Maccon Heron, literato con futuro) y Ulysses McKellen (amor nostálgico, perteneciente a la infancia).

— Owen es diferente; Ulysses quiere que nos veamos a escondidas —dijo y suspiró al mencionar el nombre de la cita de su amiga, pero Mónica hizo la señal que no funcionaba fingir el tono bajo.
— Es el principio del último semestre, lidiaremos con demasiados pendientes —dijo Mónica, hizo una pausa y dio un sorbo a la limonada

rosada.

Sin contenerse, Fristen afirmó que, desde primer semestre, realizaban de dos a tres ensayos por materia a la semana que, a veces, se trataba de libros descatalogados y reconociera que los redactaba en tres horas (máximo). Ambos lo sabían por sus desvelos constantes vía Skype, luego Gellar negó que pecara de ingenua. Dalia sostenía los platillos fuertes y parecía que en la elaboración de tales, no hubo impedimento para la atención de la conversación. Para calmarla, recordó la anécdota de las vacunas, que los padres mentían con visitar la nevería y una Mónica pequeña desmontaba la farsa, revelaba la consciencia de lo que pasaría y sostenía que no le dolería; Dalia dio un sorbo a la limonada con colorante celeste y se enorgulleció de su hija.

— Tu mamá decía que ustedes tres eran "niños arcoíris" —exclamó la señora Gellar.
— ¿Doug, Ulysses y quién más? —farfulló Mónica y el chico dio un codazo disimulado.

Después, Dalia intuyó que la comprendía, pensó que hablaba de "otro tipo de ingenuidad", Dougray captó el mensaje, sonrió antes de susurrar "Mónica *Inmaculada*"[8], como la novela de su autor favorito y aprovechó para servirse un pedazo considerable de pastel de carne. La señora Gellar preguntó si el muchacho se había inyectado insulina, él asintió, preguntó cómo les fue en "el famoso último primer día de clases", consideración que la delató (también la sonrisa amplia), confesó que seguía a Jillian en **Facebook**. "Brutal", respondió la hija mientras decidía la ración.

— Mi tía nos dio clases a última hora, ya sabrá con qué tipo de broche cerramos este día —masculló Doug.

La tía de Dougray era reconocida y admirada por la señora Gellar, supuso que el sobrino estaba orgulloso por los éxitos de Hardesty: apoyaba la difusión literaria, concretó propuestas para impulsar (también conservar) la cultura, activista para proteger los derechos de la flora y fauna del Estado, aunque los rumores sobre una sexualidad ambigua permeaba por culpa de terceros "envidiosos". Dalia mandó saludos a Claudia, Doug sonrió y los dos brindaron.

Al degustar su platillo, Mónica guardó silencio, luego dijo que el gesto cordial hacia la catedrática no la exentaría de las peticiones excéntricas para los ensayos, Dougray concordó y la muchacha avisó que tenía una cita, masticó y precisó que sería con un fin académico. La señora inquirió si sería antes, durante o después de la cena, asintieron ambas en la segunda opción y recordó que al señor Gellar debía avisársele con anticipación, pero Mónica dijo que saldría a **Francesco's**, reveló que sería con Owen, Dalia rememoró si se trataba del mismo de "algún tiempo

atrás”, hubo una afirmación fría, salió la cuestión del ciclo inconcluso y el motivo de retomarlo para cerrarlo o continuarlo, aunque recordó que el muchacho no coincidía con los gustos de su hija.

Fristen hizo un ruido nasal, disimulado como una dificultad para respirar. La escena era graciosa: madre e hija dialogaban mientras Doug aprovechaba el desentendimiento de sus vecinas para servirse otra porción. Mónica persuadió con labia y buenas intenciones a Dalia, mientras ésta meditaba previo a la exposición de evidencias, las cuales recordarían los argumentos que la muchacha afirmó en el pasado, lo mismo con Doug, pero Mónica optó por exponerlo con las porciones consumidas.

Entonces, Dalia cuestionó qué había pasado con Ulysses, por qué no lo mencionaban más y los chicos, con cierta incomodidad, intercambiaron miradas mientras la señora Gellar aguardaba por una respuesta.

Sábado 06/IX/2008 14:44hrs.

(Al caminar sobre la calle Reynaldo Garza, Dougray tiene una sensación desigual: el aroma a naranjo es imperceptible; las vecinas mayores —amigas íntimas de Karina— no reposan sus retaguardias enormes sobre la banca de los Segovia Gayosso; el rumor de la fauna es inexistente[9]; incluso el Sol cercano a las tres embonaba como la epidermis cítrica en espiral de aquella bebida adulterada. Como si todo fuese (meramente) decoración reconstruida y robada de recuerdos de veranos lejanos, el silencio lo abruma, también el aprisionamiento es latente.

Dougray ve a Mónica, aferrada a un libro azul y recuerda que así luce su texto encuadernado, luego presencia cierto horror en Gareth, blanco de Gellar; desde el pórtico de los McKellen, Jillian saluda a Fristen, Camila da la espalda y Doug intenta sonreír, pero esboza una mueca extraña. De inmediato, se encuentra a Ulysses, su andar es cabizbajo y se le pregunta si sucede algo.

— Doug. No me preguntes cómo, pero tu mamá ya sabe sobre nosotros. Lo siento mucho —confesó trémulo antes de la escena que Mónica montó con Elizabeth, luego Camila tomó de la muñeca a su hermano.

Con cierto temor, ingresa a la casa, su madre bebe whiskey de Bourbon de un vaso mediano y transparente, se da cuenta y acciona la radio, busca la estación 101.3 FM, pero decide dejar la canción de Joan Osbourne.

— Me encontré a Ulysses, mamá. No tienes que actuar como si no supieras…
— ¡Cállate! —bramó molesta. La mano temblaba y dejó la bebida sobre la mesita, a un lado del mueble—. No sabes lo decep… —alcanzó a decir antes del primer escopetazo.

Tras una serie de acciones[10], Dougray y Nora se refugian, la señora hace un esfuerzo por tranquilizar a ambos, toma la mano de su hijo cada cierto rato, recibe una caricia en el dorso para calmarla, aunque ellos, mentalmente, consideran esa situación como "el colmo de ese día".

De pronto, Doug piensa en Chimuelo, Nora está segura que su escondite en alguna habitación, suposición inconvincente para el muchacho, y decide salir sin meditar el peligro eminente. La señora Fristen impide la salida, afirma que no se alarmó antes porque George y el hijo menor están en Montour; renuente al llanto, Dougray infiere que, dentro de poco, pedirán la mudanza debido a sus preferencias sexuales.

— Claro que no, pero me niego a eso que te gusta —respondió confundida—. Sé que habrá una buena mujer, amorosa, dedicada —sollozó, las lágrimas rodaron como cera líquida, las enjugó cuando intentó retenerlo con un abrazo—, comprensiva y te procurará por la diabetes.
— ¿En serio, mamá? ¿Una enfermera? Ahora dime, ¿qué prefieres, mamá? ¿Un hijo muerto o un homosexual? —dijo liberándose y salió en busca de su mascota.)

Lunes 06/IX/2010 13:35hrs.

Con torpeza, un paramédico se esforzaba por el número telefónico de Letie, pero su intención quedó varada cuando Jillian llegó y la prima, antes de dejarlo, dijo que esperaba coincidir en otra ocasión, encaró a su prima, quien preguntó dónde estaba doña Karina, se mostró convulsa con Letizia antes de tomar asiento, la mujer suspiró y señaló que la atendían.

Hubo una confrontación por la testarudez de Jillian, reveló que no era posible, además añadió el breve momento de consciencia, durante el cual intentó localizarla, pero jamás contestó.

— Recibí el mensaje cuando mis amigos y yo llegamos a la casa. A lo mejor Nora avisó a Doug. Apagamos los celulares por una clase —la muchacha caminó hacia la máquina expendedora.
— Pues, ahora, ya sabes lo que sucede —Letizia siguió a su prima, como deseosa de una discusión acalorada.

La atención de Jill fue centrada en una barra de chocolate, que pendía de un torniquete, recordó la mención de "la batería muerta", que significaba una mentira por parte de Taylor Crane, ofendida por evocar a la muerte en un hospital, luego farfulló que era cierto lo del celular, hurgó en el bolso y afirmó que consiguió dinero. Sin preocupación por el lugar, Jill levantó la voz cuando rogó no precisara cómo lo obtuvo, entonces la ofensa fue detectada, exclamó el nombre de su prima con decibeles altos y una enfermera se acercó a ellas:

— Disculpen, señoritas —habló la mujer de tez oliva, cabello oscuro recogido y sin maquillaje exagerado—. Estoy por llamar a Seguridad por sus gritos. Esto es un hospital, no como los montados para alguna mala telenovela mexicana —Jillian contuvo muy poco la risa, por lo tanto, un sonido tosco se escapó por sus fosas nasales, el cual trató sin éxito de ocultar tosiendo—. Es la segunda llamada —respingó antes de irse.

Letizia masculló que tenía razón, peinó su melena lisa y dorada, estiró una liga, usada como pulsera, y se hizo una coleta.

— Nos veríamos para el *BRUNCH* con la mamá de tu amiguito. No tenía saldo ni batería para avisarle. Nora dice que la abuela reaccionó ante la noticia de los ejecutados en el callejón y creyó que morí cuando escuchó la mención de la zona. Hasta entrevistaron a Phoebe, por Dios.

Taylor se mostró cabizbaja, exclamó que jamás pretendió la perfección como "la nieta adorada y predilecta" de la señora Crane. Para aligerar la tensión, la prima menor dijo que la perfeccionista era Mónica, que ella prefería la neutralidad.

— Sé que si razono como persona, ustedes estarán satisfechas y eso haré: cancelaré el viaje para cuidarla —afirmó mientras marcaba las teclas del celular.

Jillian advirtió que descartara el plan de simpatizarle a la abuela con el fin de una recompensa, porque no sería el caso; Letizia se ofendió, también estaba exhausta, pero optó por decirle que necesitaba su ayuda y doña Karina a ellas, comentó que sus tíos eran estúpidos por evitar las visitas y distanciarse para evadir un apoyo económico. Cuando Jill lanzó el dardo venenoso, que Letizia exprimía la pensión, recibió la noticia que obtuvo un trabajo. Si el ataque anterior fue esquivado, Jillian intentaría de nuevo, intuyó si laboraba en los lugares que frecuentaba, pero como atracción principal; Letie estaba acostumbrada a ese concepto de su persona, respondió con acidez, que no era candidata por sobrepasar las tres décadas. "¡Por fin lo reconociste, Vero!", exclamó la prima, pletórica.

— Estoy trabajando de secretaria en un consultorio dental.

La sola mención de Querían Trejos, ex novio de Taylor, evidenció que la tercera sería la vencida para Jillian, pues dijo que si no derrochara el dinero en juergas y "malditos tipos como ésos", aseguraba un ahorro tal que retomaría la licenciatura. El escudo utilizado consistía en aceptar ácidamente los ataques, afirmó que las siglas evocaban a la comunidad gay (Licenciado en Biotecnología Genómica), Jill reprobó y consideró esa mofa como "un chiste quemado", Letizia prosiguió que bastaron dos años para darse cuenta que no era lo suyo, tampoco tenía el humor para lidiar con la naturaleza burocrática y sistema por competencias de la Universidad Nacional Autónoma de Guadalquivir. "No estoy para esos trotes de la tesis, título", afirmó y consideró que se conformara con ayuda extra para la casa.

— Sí… La abuela me obligó, cuando medio despertó, prometerle que yo te cuidaría, también precisó cuáles estudios médicos. En resumidas cuentas: estaré una temporada en Guadalquivir —dijo Letie y Jill no pudo evitar reír.
— ¿Esa temporada se compararía con una televisiva de seis meses y veintitantos episodios? ¿O serás breve como una de diez? —preguntó Jill entre risas—. Ni digas que, con la suerte, seguro será una con hiato incluido.

Letizia intentó calmarla, así evitarían un segundo *STRIKE* con la enfermera, pero Jillian sentenció que se subestimaba mucho por la consideración de cuidarlas, si no lo hacía por sí misma. Letie haría un ataque disfrazado de halago: que Jill sería la única nieta en graduarse y más admirable por dedicarse a la docencia, debido a la licenciatura en Pedagogía (sic).

— Licenciada en Literatura, imbécil. Con acentuación en…

Taylor alzó las manos para rendirse, pidió que se concentrara en estudiar, Jill afirmó que si lo hacía, su prima cuidase a la abuela y mantuviera el trabajo. Ambas estuvieron de acuerdo.

La pregunta siguiente consistió en el tiempo que llevaba como secretaria (tres semanas), Jill tomó asiento y dijo que fuese al trabajo mientras esperaba noticias del doctor, pero sería tomada por drogada, que Letizia no se movería, ésta ordenó que hiciera tarea o descansase, si sucedía algo, avisaría de inmediato. La mochila fue cerrada por el zíper, mientras accedía a retirarse, repitió que mandara un mensaje ante cualquier asunto de la abuela, luego confesó que se sentía culpable por dejarla, pues desconocía si pidió el día libre en el trabajo. Entonces, Letie reveló que exigió incapacidad por dos semanas porque un perro la atacó, Jillian portó un anillo en el dedo medio y lo alzó mientras se dirigía a la sala de espera.

Lunes 06/IX/2010 15:19hrs.

A las dos, Jillian avisó que doña Karina no estaba tan grave como suponían. Mónica se tranquilizó, porque la señora Crane era la única que no detonaba su *gerontofobia* y la identificaba como la abuela que abarcaba ambos lados parentales. De pronto, escuchó el timbre, supuso que mamá estaba en el sótano o el patio.

Para cubrirse, eligió una bata color azul marino y al bajar, vio a Gareth, trató de regresarse, pero fue descubierta. Sin alternativa, lo recibió, se saludaron con cordialidad hasta que se sorprendió por Uber entre sus brazos, preguntó dónde lo halló y la expresión de Gellar era como el hallazgo de un cheque en blanco.

— Creo que a este perrito le llama la atención lo que reside en mi sótano —farfulló antes de acomodarlo para darle la espalda de Gareth y evitar ladridos repentinos.
— Siempre hay cadáveres en ese lugar. Supongo que este pequeño es un ser mórbido —dijo el ex novio de Mónica—. Nada que ver con su dueña.
— Bueno. Si buscabas a alguien así, lo conseguiste con Kinney y Andrea, ¿no? —dijo Mónica, se arrepintió al instante.
— En fin —masculló encogiéndose de hombros—. Prometo traerlo si vuelve a merodear por el terreno. Sólo cuídalo del niño Torrance: tiene reputación de recoger animales para lastimarlos.

Ante una disculpa, Gareth afirmó que perdonaría cualquier cosa, porque estaba consciente del daño y lo perdido. Gellar se sonrojó, su ritmo cardíaco se intensificó, Uber se movía para huir. De hecho, esa reacción apresuró la partida del ex novio, lo cual la muchacha agradeció en sus pensamientos, y lo apreció de espaldas: gran altura, hombros anchos, piernas largas y estilo de la moda que, sin reconocerlo públicamente, la enloquecía.

Al cerrar la puerta principal, Dalia ingresaba por la puerta del patio y tomó a Uber, sonriente y poseedor de un semblante inocente. Las dos acariciaron las orejas oscuras mientras Mónica contaba lo de Gareth, caso un tanto perdido debido a la imparcialidad que la profesión concedía a su madre.

Lunes 06/IX/2010 15:30hrs.

Una de las cosas que más tranquilizaban a Elizabeth Kinney era la sesión con la psicóloga Sally Lynch. Ella no se consideraba normal, pues la opinión pública sobre su persona radicaba en verla contenta de *SHOPPING*

, asistiendo a un spa, o —yéndose a otros extremos— participando en una orgía. La muchacha sabía a la perfección que no realizaba ese tipo de actividades recreativas.

— Otra cultura no comprenderá el trauma que, esa anécdota de la humillación de mamá hacia a mí, creó tantas posibilidades de hallar más en el futuro —finalizó la chica cabizbaja sobre una experiencia vivida con Dora Railsback[11].

La pregunta sobre cómo se sintió en el primer día de clases fue respondida con un "bien" contundente entretanto enredaba sus dedos pálidos en su cabellera naranja eléctrico; el calificativo usado en la respuesta sería abordado con seriedad. Elizabeth lanzó una mirada de reto:

— Los volví a ver: la Gloria Trevi noventera, la Leire Martínez de pelo azabache y la versión marica de *Will Wagner*[12] —realizó comparaciones físicas hacia Jillian, Mónica y Dougray (respectivamente), enarcó una ceja, respiró profundo e identificó el aroma a nardos en el consultorio.
— Cuando acepté el reto de tratarte, desconocí que nutrirme de la cultura pop era necesario y las referencias serían entendidas. También metáforas, usadas con frecuencia.

De pronto, planteó la posibilidad de una reconciliación futura o enmendaría los daños, descarta de manera azogada por la pelirroja, afirmó que fueron sus amigos, ellas como hermanas y prefirieron a Dougray, se mantuvo firme de aceptar tal situación, pero reconoció la ofensa por considerarla la causante de desperdigar el grupo.

— Ya estás dejando el orgullo de lado. Vamos avanzando.
— Quisiera lograr un avance en *lo otro* —manifestó cierto temor en el énfasis.

La doctora Sally preguntó si se sentía segura para abordarlo, que se abstuvo de mencionarlo hasta cerciorarse que estuviera cómoda; Kinney pidió que escuchara con detenimiento, porque no lo repetiría. Lynch asintió antes de cederle la palabra. En palabras de Elizabeth, empezó cuando tenía dos años, consideró "estúpida" la precisión de la edad, lapso mayoritariamente olvidado por todos, pero su familia, es decir, su madre y hermana Leslie, lo recordaba antes de cada sesión, como mínimo.

Kinney cerró los ojos y retomó el asunto: un día al azar, los objetos levitaron en su alcoba infantil, empeoró cuando sus padres entraron (la pelirroja, en años venideros, lo compararía con una escena de *Poltergeist*) y la progenitora rememoraba que se asfixiaba con una almohada pequeña; una vez retirada del rostro por la señora, había huellas delgadas y oscuras como la brea. Para las sugerencias, no

transcurrió mucho tiempo ni opciones: chamanes, exorcistas, "rituales naturópatas" (sic) o alguna ceremonia para rogar el auxilio de dioses Yorubas. Sin saber qué hicieron los señores Kinney Railsback, Elizabeth se preguntó si la manifestación de un trastorno de personalidad múltiple hipotético era posible, aunque el detalle de las pertenencias flotantes, mientras la habitación sufría el destello completo y cegador, resultaba incomprensible ante tal teoría.

La psicóloga cuestionó si, por ello, optó por la terapia, a pesar de la persistencia en la actitud descreída. Kinney actuó a la defensiva: inquirió si la consideraba con la autoestima baja o repleta de problemas superficiales, hizo énfasis en que eso era todo el pastel, que el *Trío Calavera*[13] representaba la guinda y ella era la levadura.

La pluma fue apretada cuando preguntó si le había sucedido de nuevo: las manifestaciones no cesaban, empeoraban si se apreciaba en un espejo, las amenazas eran tormentosas, porque radicaban en poseerla. "Como la mala adaptación cinematográfica de una novela", consideró Kinney.

Sally Lynch pidió que se tranquilizara, que contara sólo lo deseado, también agradeció que sacase los temores a flote; sin embargo, reconoció la ausencia de pies y cabeza en ese padecimiento "maléfico", pues el origen era desconocido.

— No me enorgullece. Si planea que me pare frente a uno, juro que lo quebraré en el…

Con la mirada sobre la pelirroja, sostuvo que no lo haría, Elizabeth secó sus manos sudadas y afirmó que debía irse, se levantó y aplaudió una sola vez (tic nervioso). Para mirarla, dio media vuelta, aún sostenía el pomo y exclamó que era el primer día de clases, lo cual ocasionó que Lynch arrugara la frente por la respuesta incoherente, pero Kinney acabaría con el misterio: saldría para disfrutar de las fiestas de bienvenida y el resurgir de su vida social; la psicóloga cuestionó si hablarían sobre esa adicción a la compañía de terceros, ignorada campalmente, y avisó que se verían la semana entrante.

Desde sus respectivas posiciones, ambas se despidieron; pero antes de marcharse, Elizabeth dio un vistazo rápido en el espejo y allí estaba: una silueta sin rostro.

Lunes 06/IX/2010 21:24hrs.

El sueño de Andrea terminó. Los ojos de la muchacha estaban muy irritados. De pronto, recordó su manera incomprensible y poco creíble de

actuar, más cuando se dirigió hacia el Cerro de Moloch para hacer *el Llamado*, que culminaría en la traición de un ser atento a una plegaria.

— Esta pobre infeliz ha despertado —señaló Jena Felkins.

Jerrod sugirió a Cecilia como vigilante, pero la rubia descartó tal idea, mencionó la imposibilidad de escape del cuarto tras el portal implantado en un espejo, situado como decoración en la sala del *PENTHOUSE*.

Lunes 06/IX/2010 22:30hrs.

Lucía Hennessey[14] encendió un incienso cuando terminó con el último cliente, de ese modo purificaría el ambiente, y preparó comida para las representaciones divinas a las que —tanto ella como su hermana— alababan en un altar. Un portazo indicó la presencia de su hermana mayor, la cual tranquilizó con el argumento que era la única capaz de entrar sin problemas, luego Lucía preguntó por su día. Las dos hermanas se abrazaron.

Maureen contestó que lo usual: cartomancia, barrer personas, pócimas de amor, purificación espacial), además de encerramientos[15]. En su turno de responder, afirmó que —a veces— anhelaba un cambio de lugar, pero la recién llegada, mientras medía la ración que cocinaría, pidió que descartara esa posibilidad ante la calma de la cabaña; sin intención de debatirle a su hermana mayor, tomó asiento para pelar unas papas que daría a Clea[16] y confesó que leyó el Tarot a un vampiro, luego sufrió un espasmo en el hombro. De inmediato, Maureen exclamó que eso era imposible, meditó por unos segundos y entendió lo ocurrido mientras evitaba una expresión de dolor.

— Me contó que temía a los cazadores, que conspiraban para usar sus restos para practicar necromancia, ya sabes[17]… —relató a Maureen.
— En el local, las señoras estaban preocupadas y hablaban de un brote de violencia. Cada día aumenta la paranoia colectiva. Por favor, antes ejecutaban a más de dos —dijo Maureen.
— Lo sé —respondió Lucía y escuchó unos ladridos—. Oye, las mandrágoras la han atormentado durante el día y Clea…, sus amenazas me tienen exhausta —contó a Maureen, quien se levantó de la mesa.

Mientras se dirigía a la ventana, respingó que ese era el precio por demorar ante el nacimiento de esas criaturas, inquirió por los ladridos, Lucía respondió que temía salir, se acercó a Maureen y preguntó si leyó el periódico, porque se cumplió lo predicho siete meses atrás.

Maureen reveló que no llevaba la cuenta de los augurios del porvenir, que importaban poco ante la maldición de bucle impuesta sobre ellas. Con la determinación de ahondar, Lucía pidió seriedad, recordó que dos cazadores aparecerían descuartizados en un callejón. Antes del impedimento de seguir, mencionó un colguije con colmillo color cerúleo.

— Pues dudo que te guste cambiar lugar —fue notorio el cambio de tema—. La clientela quiso saber la identidad del asesino. Soy alguien que ha estudiado cómo canalizar la energía para emplearla en las prácticas mágicas, no la personificación del maldito **Google**. Por otro lado, hubo ganancias de tres meses en un día… —dijo la hermana mientras la menor notó algo afuera—. Todo irá destinado "para bien". Aunque Nuestra Iglesia se esté pudriendo con tanto oro producido en rituales —continuó hablando para sí y Lucy intervino.

Lucía clamó que estaba harta por los ladridos, Maureen vociferó que actuaba de manera inapropiada para su edad, caminó hacia su hermana y cuestionó por el momento exacto de los ladridos, pero la respuesta ambigua incrementó la incertidumbre: lo suficiente para conducirla al borde de los nervios.

Afuera del nido, la loba de heno se mostró agresiva por los aullidos. Las hermanas pensaron, pero Lucía palideció ante la probabilidad de una variante masculina tras Clea, lo mencionó entretanto la hechicera buscaba una lámpara de parafina.

— Esos ladridos… no son de Clea —añadió la hermana mayor, quien tenía razón, porque la loba salió de su nido, sin hacer ruido, y reaccionó agresiva ante el escándalo ajeno a ella—. No es una hembra. Sé identificar los ladridos —respondió. Maureen halló la linterna y salió de la cabaña—. Algo bueno debió dejarme esa relación, ¿no crees?
— ¿De quién es? Dios. No quiero que vuelva a tener crías. Si es un lobo… —palideció cuando consideró aquella probabilidad—. Por favor —la detuvo—. No salgas.
— Puedo lidiar con esto —exclamó Maureen y abandonó la cabaña—. No pasará nada.

Mientras cerraba la puerta, Lucía deseó que tuviera cuidado e intentó vigilar por la ventana. Asentada en el bosque, la hechicera sintió a Clea, chasqueó los dedos y la compañía fue garantizada para indagar en ese asunto. La incomodidad por la prenda victoriana, conforme avanzaba, fue latente y no ayudó demasiado que la loba de heno, cada cierto tiempo, respingara debido a la presencia de los *basajaunes*.

De pronto, los *lignumus*[18], gracias a la telepatía, advirtieron la cercanía de un intruso a Maureen, agradeció el consejo, pero señaló que estaba protegida por la loba de heno, quien gruñó; en ese instante, se

escucharon gemidos, tal vez de un lobo u otro ser.

Tras unos minutos, Hennessey encontró la fuente: alguien yacía frente al animal fantástico; se horrorizó ante la súplica poco entusiasta de recibir auxilio. Se trataba de su ex novio William Shelton, afligido ante una *huldra* voluptuosa y expectante. La hechicera pidió que ignorara a esa fémina sobrenatural, ofendida ante la indicación y cerró los ojos: los párpados parecían los hocicos de unas lampreas, después huyó despavorida.

Sin verlo debido a unas arbustos, Hennessey cuestionó el motivo de refugiarse en ese territorio, sólo afirmó que estaba herido y no supo con quién acudir. Maureen masculló que debió dirigirse a un hospital, su estado sobrenatural no quedaría expuesto debido a su sangre, pero Will añadió que, si lo hubiese hecho, una leyenda urbana digna de ser desacreditada con el tiempo pudo crearse o trasladado directamente a la morgue. Entonces, el hombre reveló su aspecto y la mujer tuvo un sobresalto ante las condiciones[19].

La caída de algo causó ruido. Maureen vio una oreja entre la maleza. Will lidió con la pregunta sobre el responsable, lo cual sería un primer paso para auxiliarlo y caminaron un pequeño tramo mientras los lobos fueron hacia el nido de Clea. William aseguró que ellos se comportarían.

Frente a la entrada de la cabaña, Maureen golpeó la puerta, Lucía averiguó qué ocurría, pero sólo obtuvo el nombre del ex novio, herido a gravedad; se cuestionó el rechazo de atención médica pero, sin profundizar en ello, sólo dijo que el maleficio podía deshacerse a tiempo. Sin disimular la repulsión, Lucía gritó al verlo; Shelton jamás desistió que se creería en la cercanía de una invasión zombi, si hubiese estado en público. Lucía se tranquilizó, permitió el acceso, cubrió la mitad del rostro con un pañuelo para evitar el hedor intenso.

William consideró “gentil” a su ex cuñada, consciente que nadie merecía un rechazo, a pesar de las atrocidades cometidas por su comunidad hacia la familia Hennessey; el cazador cambió de tema, reveló que el lobo Argos fue esterilizado, la hechicera buscó una toalla, luego Maureen se mostró curiosa por la evasión de ayuda por parte de otros cazadores.

— Esas hadas… Son muy engañosas, quieren plata o algo brillante. Mi diente empastado no es de material puro —respondió Will en un aparente desentendimiento de la cuestión.

Las brujas escucharon un crujido, Maureen temió por el hueso de alguna extremidad, Lucía acomodó una toalla sobre el mueble y añadió que los fluidos de un muerto viviente eran imborrables. La hermana

mayor cuestionó (directamente) sobre el responsable del maleficio mientras ambas buscaban en el libro de encantamientos y consulta esotérica.

El ex novio confesó que presenció los homicidios de los hombres hallados en el callejón. Lucía farfulló que no estaba sorprendida. Y Maureen inquirió cómo salió vivo, a medias.

— Uno era novato. Fue nuestra noche libre, lo llevamos a celebrar a una discoteca lésbica. Al final de la noche, salieron y cuando los alcancé, ellos merodeaban a una muchacha hermosa —pasó saliva y sus ojos se enrojecieron—. Recuerdo sonreírle, creí que… —dijo antes de hacer una pausa—. Parecía una *transparente*[20] —regurgitó una viscosidad rojiza (un trozo de carne) y emitió un sonido desagradable.

De pronto, Lucía anticipó el hallazgo de una respuesta, lo cual negó segundos después. William prosiguió que la miró, obtuvo una sonrisa, se besaron, pero fue mordido en el labio, la empujó con mediano éxito y se empapó los dedos con la sangre del cazador. Pero la hermana menor desconfió de ese testimonio, planteó el conocimiento del destino fatídico de los demás.

— Argos demoró ante el llamado de la flauta, trajo una nota consigo; la manada no pudo intervenir, porque… —relató William Shelton.

Maureen reafirmó que su ex novio tenía el permiso para ingresar en el territorio preternatural, cuestionó a Lucía por alguna pista en el libro, se reunieron en la cocina para verificar un hechizo. Por el temor del momento, Lucía se mostró insegura del idioma, comprendió cuando reposó sus manos sobre las páginas y la respuesta fue clara: el hechizo se titulaba <<el Rufián>>[21]. Maureen preguntó por la sección en la que estaba.

— Hechizos únicos. El permiso de la autora es necesario para liberarlo —dijo Lucía.

Se preguntaron quién, aparte de la creadora, realizó el hechizo, pues sólo ella y los profesores de la **Academia *Ameca Splendens*** conocían las creaciones de las alumnas, medió la posibilidad de contactar a Paula Flinge, actual directora de esa institución.

— Fue Andrea Tosslin, Maureen —intervino William con voz entrecortada—. El cabello se cae —masculló arrancándose mechones empapados con una sustancia aceitosa. La hechicera buscó en un baúl lo que las ayudaría.

La hechicera procesaba el nombre para concederle una apariencia. Ante el temor de Lucía, Maureen dedujo de quién se trataba y

anticipó la solución. Se le preguntó a la Hennessey menor si aún conservaba los sesenta mechones de Tosslin.

— Esa chica fue para una lectura del Tarot al local. Antes de… —respondió Lucía, trémula cuando contó los cabellos de Andrea y notó que faltaban nueve—. ¿La vas a localizar, Maureen? —exclamó alterada—. Esa chica, hasta afirmarlo es redundante… ¿Cuál es la palabra? Ah, sí. Trastornada. ¿Supones que cooperará? —exclamó Lucía tratando de persuadirla.

Los músculos faciales fueron rascados por William, restos de carne yacían en las uñas, añadió que el resguardo antes de la masacre resultó conveniente.

El cazador fue visto de reojo por la ex novia, escéptica ante la demencia de Andrea por defenderse, pero la hermana menor inquirió (retóricamente) si eso justificaba el asesinato repentino de la familia; entonces, Hennessey corrigió que hablaba sobre el asunto presente, afirmó que manipularía la esencia para localizarla y trasladarla afuera de la cabaña sin otra alternativa.

Lucía reveló que bastaban tres personas para la invocación. En el acto, la hermana mayor lo persuadió a unírseles. Hubo cesión inmediata, aunque el cazador desconoció los pasos para un encantamiento; pero la otra hechicera añadió que poseía conocimientos sobre necromancia, lo cual calificaba debido al aura. Maureen indicó que se relajara, luego diese la mano. "¿Figurativamente o tomarla?", cuestionó William en un intento de gracia. Lucía acomodó el globo terráqueo de cristal y el cuarzo atado con una cuerda (cinco mechones lo enredaban).

Tras el conteo regresivo, los presentes iniciaron la recitación; en círculos, el péndulo localizador empezó a moverse, entretanto la mano de William se calentaba, musitó una oración en su idioma nativo y alternado en latín:

Nosotros queremos encontrarte e invocarte con la gracia del Señor y Nuestra Señora Protectora como testigos.

NOS VOLUMUS INVENIRE ET INVOCARE TE CUM GRATIA DOMINI ET DOMINAE CURATORAE NOSTRAE ET TESTES.

No te haremos daño. Muéstranos el espacio que te rodea.

NON FACIMUS DAMNUM TE. OSTENDE NOBIS SPTAIUM UT CIRCUMDAT.

El aire que respiras. El lugar que tus ojos ven.

AERE UT SPIRAS. LOCUS UT TUI OCULI VIDENT.

Aparece en el mapa. Hazlo por Él.

OSTENDE IN CARTA. FACITE PRO DOMINO.

Con precisión —y dificultad—, el cuarzo se detuvo en un punto; en ese instante, ellos concentraron su energía en el lugar señalado al máximo. "Escucha nuestra oración, Andrea Hirene Tosslin Eszterhas. Ven, por favor. Oye y presta atención a esta súplica. Te rogamos sigas el cántico. Atiéndenos", al término de la última palabra de Maureen, el semblante de Lucía cambió y murmuró algo incomprensible. El ritual fue interrumpido por la preocupación de Maureen hacia su hermana.

— DEUS MEUS. DEUS MEUS, UT QUID DERELIQUISTI ME. ERO QUOD EGO SUM VIA, VERITAS ET VITA. EGO SUM LUX MUNDI —exclamó la menor de las Hennessey. William se debilitaba, mientras Maureen, poco a poco, comprendía.

La hechicera cuestionó si estaba ante alguien de la estirpe Talalay, reiteró que estaba a salvo; no obstante, la poseída dirigió una mirada escalofriante.

— O MUNDI. AMEN DICO VOBIS QUIA UNUS VESTRUM ME TRADITURUS EST —dijo Lucía antes de apretar las manos de los participantes.

De pronto, los tres sintieron una descarga eléctrica; Maureen percibió los restos de fuerza vital de Shelton, que fluyeron hasta a Lucía y luego el retorno al mismo punto, donde se impregnó en los mechones de Andrea, que ardieron.

El globo terráqueo explotó como un cóctel molotov y las hermanas deshicieron el lazo; al levantarse, Will convulsionaba, pero sus intentos por auxiliarlo, sin embargo, fueron en vano: el cazador se incorporó frente a su ex novia y sus ojos estallaron, las salpicaduras bermellón alcanzaron el rostro de Lucía, sostenida por los hombros, se quejó del lado derecho lastimado. Antes que Maureen reaccionase, una detonación retumbó hasta las ventanas.

— Ésta es la última vez, ¿me oyes? Que te ayudo con alguno de tus malditos ex novios —sentenció Lucía, cubierta de sangre por completo; entre su cabello, un objeto resplandeció mientras un rocío rojizo merodeaba la sala.

El diente de William descendió hasta el cuello del blusón, Maureen exclamó que poseían una ofrenda para las hadas; ese intento para aligerar lo sucedido ocasionó que Lucía lo tirara de un golpe, aclaró que no era oro puro, caminó hacia la noria con una cubeta y dijo a su

hermana mayor que limpiarían juntas.

La hechicera contempló el globo terráqueo que, momentos antes, llameaba, el cordón poseía una llama verde, parecida a una telaraña o pelusa fantasmal. Por unos segundos, Maureen se estremeció debido a un escalofrío. Sin que se inmutara de ello, el espíritu del cazador William Shelton apareció detrás y caminó lentamente hacia el sótano.

Lunes 06/IX/2010 22:00hrs.

En la ranura de *PENT-HOUSE*, Owen insertó la llave, oprimió el botón y las compuertas se cerraron antes que confundiera <<Seven Wonders>> de Fleetwood Mac con la canción de fondo: <<Hotel California>> de los Eagles.

En la sala, Owen señaló que hablaría con Andrea Tosslin, aguardaba que su actitud fuese diferente y pidió que Jerrod lo secundara tras su turno. Jena inquirió sobre su participación, pero Mills mayor aclaró que prescindirían de sus servicios. Cuando entró por el espejo, útil como portal, apareció en el lado contrario: el cuarto era verde oscuro y Andrea estaba adormecida sobre una silla. La presencia de Mills provocó incertidumbre pero la cautiva, de inmediato, fue tranquilizada sin violencia. La intervención inesperada de Felkins la alarmó, que adquirió una postura defensiva. De nueva cuenta, el monstruo intercedió.

— No estoy… —dijo Owen, pero Jena carraspeó—. No te lastimaremos. Necesitamos saber ciertos detalles sin recurrir a la fuerza bruta, ¿no es así? —preguntó a Felkins, mientras Andrea se liberaba. Ellos estaban conscientes de aquella acción.

Jena la abordó por su segundo nombre, averiguó los motivos para huir de ellos y la verdad.

— ¿Cuál? Y díganme, ¿por qué una presa no huiría del depredador[22]?

Mills mayor tomó el antebrazo de la monstruo cuando se exaltó y quiso lastimar a Tosslin, el monstruo la arrinconó, explicó que evitara las malas interpretaciones o se fuera del edificio, pero Felkins vociferó que jamás sería expulsada de su propiedad, salió a regañadientes y Owen señaló a su hermano que prestara atención a la interrogación. Cecilia saludó, preguntó si deseaban beber o comer; Jerrod correspondió el gesto cordial.

— Exprime diez *encogidos*[23], agrega cinco intactos en el vaso y el resto llénalo con el galón —indicó sonriente y atenta—. Al señor Mills, lo mismo.

Jerrod afirmó que sólo atendiera a “la señora”, la rubia ocultó la sonrisa mientras Cecilia se dirigía hacia la cocina, entonces el monstruo sentenció que no reprochara un gesto respetuoso y afirmó que “por más que el himen se regenerara” ya había disfrutado “las mieles del matrimonio”.

— Cecilia me trata como soy en realidad, del modo que ustedes, par de fetichistas ingratos, decidieron que fuese por siempre.
— Cosa que no has acatado en un solo momento, ¿recuerdas? —exclamó el menor de los Mills. En su papel de doncella, Cecilia se acercó—. Eso sí, ¿sería posible que prepares algo de cenar para nuestra invitada? —ella afirmó con la cabeza.

Owen aconsejó que se relajara a Tosslin y tomase asiento, pero permaneció parada. A él no le quedó más que la reciprocidad, Andrea murmuró la fecha y hora exacta (10:15 p.m.), el monstruo sugirió que hablara y afirmó que su poca experiencia, como una practicante de la magia, resultaba abrumadora y la expresión inescrutable cambió a una sorpresiva, inquirió en qué se basó para considerarla así.

— Controlar un *tulpa* no es fácil. Por los pelos, escapaste del ente invocado con el tabaco.

Tosslin, con un ademán ajeno, exclamó que el término cercano sería una derivación de un *ifrit* y apareció la oportunidad de cuestionar sobre el aspecto del guardián *tulpa*.

— Jamás me he referido con ese término tan vulgar y renacentista. Su nombre es Wylie —contestó la muchacha, altanera.

”Ahora resulta que es conocedora de tal término. Seguro lo sacó de algún libro de Jung o Hesse”, farfulló Jena a Jerrod mientras estaban sentados en los muebles taxidermistas. El monstruo averiguó si logró avistarlo por completo y cruzó los brazos.

— Nada más su silueta. No obedece las leyes del Hombre, cósmicas ni de otra índole —contó con un ligero tic en los párpados izquierdos—. Es posible que al partir un kiwi, en vertical, asocies el centro con el perfil de Wylie: su cuerpo es amarillo tenue, su contorno es verde con orbes oscuros y unos rayos inclinados, y malformados, que encandilan—en eso, el monstruo dejó de prestarle atención. Hirene lo miró con cautela.

Se disculpó, expresó que fluía una historia fascinante en el colmillo índigo; en cambio, Andrea consideró que ese “collar histórico” sólo provocaba muertes trágicas y Mills concedió la palabra, que expusiese

cualquier cosa, luego presenció ese momento de disposición.

— Encontramos uno similar en la escena de un crimen. La MHTC, división centrada en "Monstruos, Hechiceras, Transparentes y Cazadores", indagará en este caso...

El collar se hallaba en medio de dos yemas ansiosas, que frotaban el colmillo mientras la portadora cuestionaba la similitud del color, lo cual fue recalcado por Owen y Andrea inquirió sobre la aparición de la sexta Talalay.

Mills reveló que ella era la restante, contó los hechos fatídicos en el callejón durante la madrugada, el encubrimiento de las huellas, mintió cuando afirmó que las evidencias señalaban como la culpable a Tosslin. De repente, Andrea se mofó y descartó la presencia de pruebas delictivas; entonces, Owen abordó la suposición nihilista sobre los pasos de la muerte debido al colguije. Por sorpresa, el colmillo índigo se hizo añicos.

— Es falso —dijo para sí misma sobre el collar—. Ustedes prometieron que no volverían a molestarme…, que… que esto jamás me perseguiría. A pesar de la confianza que transmitiste, y tal vez soy nueva en esto, reconozco que fui estúpida al corresponderte.

Owen reafirmó que recordaba esa promesa, Tosslin cuestionó el motivo para incumplirla, aunque el monstruo prefirió la mención del homicidio como defensa propia contra los cazadores. "Sí", respondió calmada. El monstruo musitó que comprendía ese aspecto, a pesar de la decisión de dejar los cuerpos expuestos, lo cual cuestionó directamente.

— La gente no sabe lo que le rodea, Owen Mills. Viven en su mundo de fantasía, donde leer sobre celebridades es de lo más cómodo y mundano; en uno, donde salir de juerga, los fines de semana, para llenarse de alcohol, tabaco y sexo es una forma de relajarse; en una sociedad…

Owen dijo que se ahorrara los detalles, conocidos a la perfección debido a su maestría en Sociología, obtenida cuatro décadas atrás, y reveló que había vivido cuatrocientos diez años. Como si Mills no hubiese hablado, la interrogada prosiguió, exclamó que los poderosos malhechores jamás recibían penitencia y la gente convivía con ellos (ladrones, traficantes, violadores y corruptos), también precisó la impunidad hacia pederastas, pedófilos y la vanagloria hacia mujerzuelas finas. Jerrod inquirió la relevancia y Andrea, como si respondiera aquella expresión retórica, reveló que "esa escoria" era equiparable a los seres fuera del estado natural y común de los humanos. Jena farfulló que Tosslin ignoraba su propia naturaleza. "¿Quién dijo que deseo vivir tras esto?", afirmó irritada.

Mientras contemplaba, Jena dijo que se impacientaba, su amado cruzó los brazos y cuestionó a Tosslin por el desgano ante la vida, la respuesta consistió en preguntas retóricas, las cuales revelaban su conocimiento como conejillo de indias y peón en ese tablero situado en Guadalquivir. Owen preguntó por el abandono del collar. De pronto, las hierbas ardieron sobre la palma de la interrogada, el humo la envolvió por completo, bajó la cabeza y el monstruo fue incapaz de intervenir. Felkins inquirió qué sucedía a su segundo amado, pero intuyó que era una triquiñuela esotérica.

Con otro rango vocal, Andrea infirió que los monstruos se divertían y llamó "Jeffrey Bizet" a Mills, el monstruo interrogó cómo sabía esa identidad; una segunda voz aseveró que la disculpara, luego se retractó y dijo que ellos deberían rogar perdón por las insolencias cometidas y Owen pensó en quién era la responsable; pero alguien se compadeció, exclamó que era terrible el olvido descarnado hacia la matriarca y la hermana de esa tercera voz. "¿Hermana de quién?", murmuró Owen.

— *A mi madre Cybil, mis hermanas Caroline y Celine… y yo: Catherine* —recitó mientras las proyecciones astrales de las mujeres mencionadas se manifestaron atrás de la víctima—. *Hasta el momento, todas nos hemos presentado ante ti mediante este receptor* —al parecer, eso lo indicó Catherine—. *Ahora soy Colorine* —intervino una quinta voz.

Owen vociferó que resistiera ante esas presencias a Andrea. Colorine notificó que se manifestaban para obstaculizar una llamada y aseveró que nadie lastimaría a una Talalay sin sufrir alguna consecuencia.

— ¿Por qué dejaron los cuerpos evidenciando su condición sobrenatural? — preguntó Owen haciendo énfasis en los cadáveres, pero la poseída se negó a responder—. ¡¡Respóndeme!!

"¡Dios santo!", exclamó Tosslin, prosiguió que había sido la última, de nuevo. Owen desentendió la jugarreta mental. Unos sollozos acompañaron unas súplicas por misericordia para Mills.

Owen, apacible, se acercó pidiendo disculpas. "¡No me lastimes porque no soy Andrea!", gritó repentinamente y eso significó que otro espíritu estaba poseyéndola. Mills pidió se identificara.

La sexta huésped dijo que se llamaba Cecile, afirmó que los monstruos olvidaron su pasado y por ello, las desconocían. Jena exclamó que era suficiente, Jerrod trató de detenerla y averiguó qué haría, la monstruo se cansó de "esa estupidez" e ingresó al portal.

— *Para advertirte que si la lastimas, o cualquiera tiene la osadía de hacerle daño, terminarán igual de muertos que aquellos cazadores. No*

quisiera destrozar tu lindo rostro, Jeffrey —amenazó Cecile. Owen regañó a Felkins, interesada en verdaderas preguntas para "esas zorras"—. *Uh. En un acto sorpresivo, Jane cogió el valor necesario para desprenderse de los harapos de su madre y qué decir de los Bizet, Patroclos con telas desgarradas por una "inmaculada"* —recitó la matriarca de los espíritus.

Después de tomarle la muñeca, pidió que no se excediera, necesitaban a un agente para formalizar y dijo al oído que llamaría a Kazuo Tarotetsu, pero Jena inquirió qué simbolizaba Jerrod en el interrogatorio, lo llamó "incompetente" y ordenó que saliera.

Entonces, Cybil Talaly exclamó que hablarle así debió dolerle; sin embargo, no estaba sorprendida por los problemas de enamorados que derivaban del "felices por siempre" o "amor eterno". La monstruo supuso que se trataba de "la madre de las almas". También indicó que era posible verlas, a cada una, acomodándose detrás de Andrea, la cual fungía como títere. Cybil pidió que se abstuviera de altanerías a la monstruo, sabía el anhelo por descubrir un interés universal, acobijado por un manto oscuro; entonces, Jena concedió la razón y Celine reemplazó a la líder del aquelarre, preguntó si era recordada, Felkins asintió, a pesar la pérdida de memoria "estúpida e inconveniente" en los presentes.

— *Te equivocas. Andrea recordará esta conversación. En cuanto a los monstruos, su situación fue premeditada y lo llevamos a cabo con saña* —indicó Celine.

Felkins perdió los estribos cuando cuestionó si ella era la responsable de ese olvido, pero Cybil intervino, defendió a Celine y dijo que si quería la verdad, la diría:

— *Fuimos todas nosotras* —aseveraron las seis voces al mismo tiempo.
— Juro que te romperé la cara. Empezaré con el cráneo, luego ruñiré cada maldito músculo de tu asqueroso cuerpo malformado y… —amenazó Jena hasta que el portal indicó que alguien intervendría.

Las Talalay animaron a la monstruo, ansiaban verla en agonía y pudriéndose con lentitud. Andrea llevó la peor parte por los golpes, propinados por Jena y albergó seis risas ajenas en sus cuerdas vocales.

Viernes 25/VII/2008 11:00hrs.

(En Čobanica[24], Lucía da el dictamen de la lectura a la cazadora Carlina, afligida por la gravedad de su enfermedad degenerativa, pregunta si es irremediable y reconoce que subestimó la mordida de tanuki. Hennessey explica que es un infortunio riesgoso, pero eso no elimina la inmortalidad

parcial de Carlina[25].

Sin temor por su vida —ni en las consecuencias de sus actos en el pasado—, Carlina considera pecar de ilusa por creer que tiene tiempo suficiente para enmendar el daño a terceros con tal de sobrevivir. Lucía medita lo que dirá, la señora se muestra temerosa, intuye si aparece lo que piensa en ese instante. Alguien golpea la puerta principal. Lucía se ve impedida en proseguir con la lectura. La anciana cuestiona si sucede algo, responde que una visita inesperada y Carlina duda si partir o permanecer, pero decide lo primero; por otro lado, la hechicera aconseja que tenga cuidado y evite una imprudencia, Hennessey recomienda asistencia médica, pues el Tarot es inexacto.

— El dictamen de las cartas sobra, querida. El dolor latente concede indicios del porvenir.

Antes de abrir la puerta, y toparse con la monstruo, la desahuciada actúa como perdida, Jena hace como si no existe y Lucía pregunta si es una realidad lo requerido, guarda el Tarot, dobla la manta púrpura y esconde ambos en un lugar seguro.

— ¿Qué hacía esa vieja zorra aquí? Aclaro: haberle dicho así no fue en plan despectivo, sino que ella, según recuerdo, era muy astuta.

La hechicera cuenta sobre el tumor provocado por la mordida de un *tanuki*. Ambas conocen la identidad del responsable. "¿Wenceslao? ¡Rayos y centellas!", exclama Felkins, inmersa en la sobreactuación. La curiosidad se apropia de Lucía: cuestiona si la cama *Asklépeion* sería útil.

— Te recomiendo que no vayas por este siglo antiguo divulgando mis herramientas a tus clientes. Además, la vieja ésa orgullosa debería pedírmelo; no trates de ser el intermediario mientras reposa su momificada espalda en la cama y todo queda resuelto —reposó la punta de su zapato en la orilla del marco de la puerta principal.

Jena pide el permiso para pasar y averigua dónde está Maureen, inconsciente del trato entre las dos mujeres, porque las Hennessey deberían presenciar las cabezas cercenadas de los secuestradores —y asesinos— de Nérida Hennessey con alegría [26]. La bruja de en medio teme por William Shelton, si se entera que, su futura cuñada, perpetuó un plan para aniquilar a dos cazadores. La rubia desconoce que William aún vive, pero asegura que debe suspirar aliviado por su omisión dentro del costal, el cual muestra: Hennessey se sorprende al ver los rostros y seca sus lágrimas cuando la monstruo sugiere que se apresure, lo cual cuestiona.

— Valdrá la pena. Créeme. Al patio —agregó.

Jena acomoda cada cabeza sobre un tronco. "*Adiv al a Navleuv* "[27], recita ante la mirada atónita de Lucía, luego chasquea mientras hace efecto. De pronto, las cabezas cobran vida: una de ellas está impresionada, que es un hombre de cabello largo y barba de candado, suplicante por piedad mientras solloza; el segundo, peinado *UNDERCUT*, cuenta que no estuvo en ellos llevar a cabo tal fechoría.

— Ignora sus estupideces y ve por maple a la cocina. ¿Tienes, no? —ordenó, luego la detuvo—. Por cierto, Carlina no es candidata al *Asklépeion*, porque no purga fluidos o elixires sobrenaturales… —murmuró *la verdad*.

Hennessey responde afirmativa, pero desconfiada, entra a la propiedad mientras Jena asevera que desconocen lo venidero[28]. Los cazadores trémulos entienden en qué consiste la sugerencia de Jena: la primera cabeza ruega a Lucía que no lo haga, el segundo añade que dirán quién los mandó. Cuando Lucía aparece con un frasco, señala que ofrece bolitas de maíz cubiertas de maple y espolvoreadas con hojuelas a las hadas y los *pixies*.

Pero Felkins desaíra a las presas y pide concentración; el de melena larga implora, niega que Tara sea la responsable y Hennessey tapa el frasco ante la incertidumbre.

— Derrama esa mierda sobre ellos. No te dejes persuadir.
— ¿En serio? ¿Ni por ti? —cuestionó la bruja. Felkins enarcó la ceja izquierda.

En ese momento, el segundo confiesa que la culpable fue Debra Pope. Jena voltea los ojos, farfulla que no es novedad, pues es una de sus tías *malvadas*[29]. Jena descubre que la hechicera no verterá ni siquiera agua, trata de persuadirla: visualice cómo ellos planearon el modo de abducir y dejar indefensa a Nérida; sin embargo, enmudece como prevención de una susceptibilidad herida.

— Que tu hermana haya sido entregada a cualquiera de esas brujas, no quita que ya no esté entre ustedes y nosotros. Te dejo a solas.

Lucía trata de ser indulgente, afirma deberle un favor enorme, Jena regresa para pescarla del cuello, aconseja hallar la manera de atrapar un *sleipnir*[30], sino quedará en mayor deuda con otros imprevistos que surjan.

Al bajarla, la monstruo recomienda que, una vez las cabezas estén empapadas de maple, la loba de heno propine lamidas en las orejas de los torturados: su saliva equivale a la sensación del chile habanero

frotado en “zonas sensibles” de la anatomía. Las hadas limpiarán los restos, como pirañas, y el efecto del hechizo terminará.

Jena confiesa que Rowan Hunt concedió el cántico en su versión original. Lucía pide que no la involucre con ese aquelarre, la monstruo reafirma que está al tanto de la rivalidad entre las Hennessey y las Pope (también conocidas como las White o las Hunt) debido a ideologías y prácticas opuestas. Antes de partir, dice que es un favor hacia ella y por eso, anhela un *sleipnir*. Sin prometerle nada, Lucía se sitúa frente a las cabezas, la monstruo se retira con la fantasía de conocer al equino nórdico.)

Martes 07/IX/2010 0:43hrs.

Jerrod preguntó qué sucedía. Sin embargo, Owen no tuvo la menor idea, aunque divagó si la conexión del callejón con las brujas ancestrales era casualidad. El menor de los Mills susurró que los anhelos de cualquier muerto eran imprecisos y su hermano añadió que los vivos no estaban exentos. Uno de ellos compartió el presentimiento agridulce sobre cierta llamada telefónica, pero dio un suspiro al ver que era Mónica y no, en el peor de los casos, Tarotetsu o Hardesty.

Jerrod bromeó que desarrollaba la intuición, sorbió la bebida de Jena; antes de atender la llamada, su hermano afirmó que ojalá no se tratara de la intuición femenina. En la otra línea, apenas se identificó, Mónica saludó con pena. Cecilia sostenía una bandeja con un solo vaso, preguntó al menor de los Mills si ella entregaría la bebida a “la señorita Felkins”, el monstruo respondió (amablemente) que se encargaría, pensó atravesar el espejo enorme y rectangular.

De pronto, Jena golpeó a Andrea mientras la cautiva, a todo pulmón, gritaba o carcajeaba ante cada puñetazo recibido, luego la monstruo amenazó con destrozarla a base de golpizas, la llamó *perra asquerosa*. Mills ignoró sus modales para finalizar bruscamente la llamada, se incorporó a su hermano y las detuvieron. Al final, la agredida auguró un futuro en el infierno para la agresora, donde desconocería su pasado.

Afuera de la sala de interrogación, la rubia fue reprendida por Mills, recordó que debía contenerse y Jerrod tranquilizó a Jena, quien pintó el dedo de en medio antes de proferirle una grosería.

“La cena para la invitada está lista”, exclamó Cecilia. No recibió una contestación. La monstruo extrajo una escultura humana de veinte centímetros del refrigerador, trituró mediante mordidas la cabeza y fingió ignorar qué pasaría si Lana Swinton encogía a un monstruo vivo para

devorar un mortal de estatura promedio. “Qué delicia. Bébela”, dijo Jerrod, como si no hubiese escuchado nada. Jena vio las huellas de los labios en el vaso, lamió y bebió de ese lado.

Los presentes se mostraron extrañados cuando Andrea, libre de la posesión, entonó el fragmento de una canción[31] y prosiguió:

— *No sé lo que dije. No sé lo que pasó… Muero de hambre, Owen* —exclamó la chica Tosslin.

Mills dijo que la cena estaba lista. “Si se me permite, iré a dormir”, dijo Cecilia y abrazó a su madre adoptiva, lo cual fue correspondido. Entonces, Felkins caminó hacia el platillo, se mordió la mano, absorbió la sangre con una jeringa e inyectó el filete; ante la mirada desaprobatoria de Jerrod, respondió que le importaba muy poco que fuese descubierta. El mayor de los Mills apareció, inquirió si podía llevarse la comida y su hermano asintió, aunque no había caído del todo, refunfuñó al nombrarla, juguetona cuando utilizó la frase “con sangre y sudor” para describir la manera excelsa de cocinar de su hija, incluso mintió que se trataba de una variante de morcilla.

— Ay, Jena —dijo Owen, frunció el ceño—. Es lo que consumían las *morrigan* en tu escuela, ¿verdad?

A solas, Jerrod tuvo la intención de averiguar; sin prestarle atención, Jena susurró que carecía del humor para una propuesta de matrimonio (chiste privado, negado en automático). Del *otro lado*, Owen puso el plato sobre la mesa. A pesar del hambre, la desconfianza fue mayor por algún hechizo y Mills mayor, a sabiendas de la verdad, negó la presencia de triquiñuelas. La monstruo contemplaba a Andrea, ansiaba que comiera.

Jerrod preguntó por el asunto con las Talalay. La rubia masculló que se trataba de un bien personal. De pronto, el monstruo obstruyó la contemplación hacia la interrogada, famélica y extasiada ante cada bocado.

Sábado 23/VIll/2008 21:15hrs.

(Cuando escucha su nombre, acompañado de un tétrico “qué agradable sorpresa”, Lucía cierra la puerta a Jena de inmediato, marca el suelo con tiza, espolvorea hierba molida en la entrada mientras reza; lo anterior es inútil para alejar a la monstruo indeseable, autora de una explosión en el pórtico, Hennessey vuela debido al impacto y amortigua en la mesa de madera del recibidor. Ante la pregunta de qué deseaba, la rubia responde que sólo conversar, luego carcajea por lo aturdida que luce, asegura que

es lo menos por la descortesía, más por la deuda entre ellas.

Una vez más, aunque aterrorizada, inquiere en qué puede ayudarla, pero Felkins ignora la cuestión para contar que está enemistada con Anna Covington[32] y sugiere que localice un maleficio impuesto, el caso provoca cierta curiosidad por los motivos para sospechar. Cuando Felkins está dispuesta a hablar, se detiene, luego afirma que hay fragmentos precisos sobre el pasado y la familia, los necesarios para evitar el mote de "olvidadiza", supone que existe información valiosa, oculta de manera premeditada, y concluye con un suspiro de frustración.

— A veces es bueno dejar las cosas como están —sugirió dándole la espalda.

La contestación de Hennessey es desaprobada, la monstruo sostiene que los daños perpetuados por terceros deben recordarse, sobre todo si siguen vivos, así previene la indiscreción de amabilidad hacia ellos. Lucía halaga el conjunto de Jena[33] y sonríe.

— No seas condescendiente. Luzco como Tippi Hedren en alguna película de Hitchcock —exclamó y agradeció sin decirlo con propiedad—. Jerrod, Paula Flinge y yo asistimos a un concierto privado de Danilo Zárate.

Hennessey cuenta el procedimiento[34]. Por un momento, Jena cree que su problema será trasladado mediante la inhalación, pero es contrariada y recuerda que lo supuesto se realiza de manera muy diferente.

El ritual se lleva a cabo: Lucía ora en catalán mientras el limón toca a la monstruo, víctima de un temblor repentino en las manos y las extremidades, luego un vacío estomacal; al término, la hechicera va hacia la cocina, entrega un envuelto en aluminio y sale de la cabaña con un tazón lleno de zarzamoras intactas.

Felkins sonríe por el contenido, piensa cómo las Hennessey tienen adultos encogidos como reserva, pues ellas no son caníbales, tampoco las cree capaces de lastimar a una persona, aunque los blancos de esos maleficios son lo peor de la sociedad. El misterio es efímero: se revela que Lana Swinton es cliente frecuente de Maureen, los enemigos en común tienen ese destino. Aun así, Felkins averigua cómo anticipó la debilidad y Lucía responde:

— Posees una sanguijuela energética —la expresión de horror en Felkins fue auténtica—. No es figurativo. Dime, ¿nunca has sentido debilidad o mareo cuando tratas de recordar el pasado? —planteó sin apostar por una respuesta.

La manzana estaba agujereada, el cítrico fue partido, luego exprimido por completo. Se hallaba en su apogeo el fuego chispeante en la chimenea. Lo inesperado era que el ritual fallase. El fruto explotó. La leña del fogón emanó humo azulino, que impregnó a Lucía, ésta desvarió, y la fumarada salió por la boca, las fosas nasales y los oídos.

Varias veces, Jena nombra a Hennessey, entretanto pregunta si se encuentra bien, aunque sabe lo contrario. De pronto, Lucía levita y propina una patada a la rubia, vuela hacia el otro lado de la habitación; con rapidez, la monstruo se incorpora, Hennessey la señala con "la mano cornuta"[35] y profiere:

— Lo que tienes oculto, oculto debe de estar. No saques a la luz lo que está a gusto en la oscuridad. ¡Jamás conocerás la verdad! Si has de desear matarme, nada te lo impedirá. ¡Hazlo! ¡¡Hazlo!! Yo iré a donde pertenezco con mi familia y llevaré a ésta conmigo.

Lucía cae, estrepitosamente, cerca de la chimenea. Jena se aproxima para auxiliarla, pero la hechicera vomita encima una sustancia gelatinosa azul. Al término de tal asquerosidad, y mientras recobra el aire, la monstruo da un puñetazo, luego se dirige a la cocina para quitarse el resto de ectoplasma.

De inmediato, la hechicera brama por el golpe, Felkins contesta que respondió al ataque, también por el vómito, considerado un recurso propio de una película con humor escatológico, aunque orientada a lo siniestro. Lucía rememora una mujer a su lado, hablaba y cambiaba de físico entre frases.

— ¿Puedes dibujarla? —inquirió la rubia.
— Mis conocimientos de ilustración te hacen una ovación — masculló y afiló un lápiz con una cuchilla.

Lucía dibujó a las mujeres "La barra proteínica de humano" fue masticada maquinalmente, pero una mancha azul ocasionó repulsión. Cuando la hechicera terminó, una fue reconocida con facilidad: Catherine Talalay. Hennessey palideció mientras Felkins planteaba una hipótesis sobre la posesión.

— Por lo general, cuando inhalo, localizo a la autora del hechizo, agarro un cuarzo y lo uso como puntero en un tablero esotérico sin las consecuencias de conocimiento general. Pero la fruta explotó. Las Talalay, intuyo, depositaron su esfuerzo en nublar tu memoria —aseguró eufórica y segura.

Un titubeo leve adorna la cuestión de quién se beneficia con ese embrollo y Lucía lo desconoce, pero considera apropiada la búsqueda de respuestas. Por otro lado, Jena recurre a las groserías, sostiene que no

existe una sola descendiente de las Talalay, teme por la naturaleza del ente posesivo, capaz de convertir en "fábrica humana de papilla sobrenatural" a sus víctimas.

Sin embargo, Jena enmudece para recordar —aunque sea entre niebla— el momento de la conversión, un hecho breve emerge como sustituto: una cacería de brujas exitosa, que deriva en calcinarlas para deleite de toda una aldea, deduce que no existe un modo de supervivencia de la estirpe y cohíbe a la bruja cuando, a detalle, describe a las cinco enjuiciadas que convulsionan ahorcadas; las vestimentas abrasadas por "sábilas de fuego" (forma y color).

— Eran seis miembros del aquelarre, Jena —reveló sin causar ningún efecto en la monstruo—. Sólo sé que una descendiente, o criolla de esencia, puede liberarte de esa pérdida de memoria.

''Un gracias no estaría mal'', dijo Lucía apenas Jena se *desvaneció* hacia la casa de su padre.

En la oscuridad, la figura paterna —identificada por Felkins como Alain— pregunta si todo marcha de maravilla junto a los Mills, pero la rubia contesta ambiguamente, anuncia el contacto con las brujas ancestrales: lo infame radica en la mentira sobre la llegada de una descendiente, causante de una catástrofe, anunciada en una profecía. Entre el manto de la penumbra, inquiere si está dispuesta a involucrarlo, pero la monstruo niega con la cabeza, sólo suplica que, tanto Owen como Jerrod, sean persuadidos para emprender la búsqueda.

— ¿Puedo preguntar por qué hay manchas de ectoplasma azul en tu adorable vestimenta? —preguntó.

Felkins se limita a considerarla como la experiencia más humillante y por ende, las Talalay deben fracasar. La figura hermética señala que la MHTC acatará la orden de obstaculizar cualquier atentado contra el planeta y el universo; de inmediato, plantea que si la amenaza sobrenatural es irracional e incontenible, no escatime en emplear la violencia.)

Martes 07/IX/2010 01:05hrs.

En un frasco, Lucía guardó los pañuelos usados para los restos de William Shelton, luego Maureen metió la mitad de un órgano hallado en un recipiente, ordenó a su hermana menor que almacenara los contenedores en el sótano. A regañadientes, obedeció, descendió por las escaleras destartaladas, atravesó los pasillos polvorientos y rezó por tranquilidad para el espíritu, porque el hechizo mortífero lo privaría del descanso

eterno.

De pronto, una brisa erizó los vellos del lóbulo derecho, el arete tintineó y la hechicera consideró que no estaba sola.

Jueves 04/IX/2008 08:00hrs.

(El día es iniciado con el pie izquierdo por Lucía: Clea es madre de cuatro cachorros, aseados por la hechicera mientras pregunta por Maureen; mediante una respuesta telepática, la loba de heno refiere que está en el terreno de los cazadores y lame sus patas delanteras.

Hennessey farfulla que serán conducidas hacia la perdición debido a las constantes imprudencias de su hermana, alguien la sorprende por la espalda, brama una grosería por el susto a Nérida, cuestionada por ausentarse durante el parto de Clea, responde que es mentira y hace énfasis que jamás se perdería la llegada de sus sobrinos, avisa que está a punto de hallar la solución al problema del bucle sobre la propiedad.

— No te adentres en territorio minado. Nosotras ni siquiera figuramos en esa paradimensión —dijo antes de mirarla y darse cuenta que no vestía acorde al protocolo—. Los *basajaunes* van a atacarte —Lucía estiró un pedazo de tela que usaba para no rasparse las rodillas y cubrió a su hermana menor.

El edredón es hecho bola mediante telequinesis, precisa que Lucía se expresa como Maureen y entra a la cabaña. Para obviar la testarudez, inquiere qué harán con los cachorros y la loba piensa la respuesta:

— *Para mañana, prometo que, al menos uno, podrá transformarse tanto en humano como también en cualquier raza canina* —prometió mentalmente mientras permanecía en su fase animal—. *Los otros podrían en una semana.*

El chillido ensordecedor de una mandrágora asusta a todos: los recién nacidos lloran y Clea aúlla. “¿Quién hizo eso?”, pregunta Lucía. Sin contemplaciones, corre hacia el patio, casi tropieza, aunque la caída es evitable, se dirige al punto de los quejidos y halla frente a un agujero a Nérida, una criatura desnuda —parecida a un topo— emerge, el rostro tiene características angelicales y las manos lucen como de recién nacido.

— ¿No invocaste al *Aniquilador*[36]? —respingó y secó el sudor de su frente—. No hay control en este supuesto apoyo, llamado “hermandad”. Yo hago todo en esta maldita cabaña. ¿Y ustedes? Maureen sale con el sujeto prohibido y tú andas en plan de “cazadora de tesoros”.

— ¿Cuántas monedas cósmicas apuestas a que conseguiré la libertad de esta prisión? —confesó Nérida, iracunda.

De repente, Maureen reta a que hable pestes de su pareja, Lucía lo considera un imbécil, porque es el segundo al mando dentro de la comunidad de los cazadores, sólo superado por Thomas. La discusión da un vuelco cuando la menor carga a la mandrágora recién nacida, promete llamarla Rebecca, y murmura a las mujeres que ingresen a la cabaña.

— ¡Ese imbécil conoce una escapatoria para las cinco, incluida mamá! ¡Así no tendríamos que vestirnos como hace tres siglos para existir! —gritó Maureen.
— Me imagino que estarás muy cómoda "persuadiéndolo". Sientes que ha prolongado la gran revelación, ¿no? —masculló.
— ¡Tontas! —exclamó. Las hermanas prestaron atención a los *basajaunes*, engarruñados con semblante sombrío a los árboles aledaños.

Con lentitud, las tres mujeres retroceden hasta la entrada de la cabaña, se resguardan ante el gran temblor en la sala, y ven que las criaturas levitan mientras los ojos irradian luz celeste grisácea, atenta a rozar cualquier zona del cuerpo de las hechiceras. Un *basajáun* camina hacia la ventana, luego permanece inmóvil con los párpados unidos pero, de pronto, se reanima abriéndolos y un cilindro luminoso color azul ceniza atraviesa el vidrio. Lo que conforma el halo parece humo de tabaco.

Maureen reta que atienda el local mientras las restantes lidian con la mandrágora de Nérida, la cual recibe cosquillas y se muestra inescrutable; la mayor revela que "Rebecca" es útil muerta, hace una alegoría sobre los músicos en horas bajas y su utilidad para la industria. Lucía dice que sólo falta anular el suicidio de la matriarca de las Hennessey a mediodía, hecho integrado en el bucle.

Sin mirar a sus hermanas, Lucía exclama que necesitan el poder de la Tríada para tranquilizarlos, luego Nérida agrega que los *basajaunes* están molestos por la intención de perturbar *el Orden*. De pronto, la recién nacida sonríe, una risotada infantil resuena y las narices de las hechiceras sangran.

Por la ventana de la cara principal, Lucía contempla la levitación de los *basajaunes*, el cielo esmeralda y las nubes cafés. Cuando la problemática es solucionada, Maureen cumple su palabra de mandar a su hermana de en medio al local MH.)

Martes 07/IX/2010 01:10hrs.

Al darse media vuelta, Lucía vio una silueta negra, inmune a la luz de la cocina, que alcanzaba el escalón antes de abandonar el sótano. Los ojos de ese espectro se alumbraron mientras caía, y convulsionaba con agresividad, luego un orbe brotó de la silueta y voló hacia el marco del acceso a la bodega.

Con miedo, Hennessey evitó una pisada en el ente, corrió hacia la puerta, pero fue incapaz de salir debido a una mano ensombrecida (y húmeda), Lucía fue arrastrada por las escaleras; ni siquiera Maureen se percató (lavaba los trastes e ignoraba el apuro de su hermana). Cuando encaró a su atacante, identificó a William entre la viscosidad bruna; los globos oculares sobresalieron de las cuencas, cubiertas por una telaraña azul pastel y protuberancias. La hechicera avisó que rezó por su descanso, cerró los ojos, masculló que no la lastimara y se mostró cohibida.

— No escuché ni un carajo, ex cuñada —contestó, irrazonable.

El cazador la culpó de su muerte y el fracaso amoroso con Maureen, bramó que desquitaría su ira por la privación del descanso eterno, salpicaduras bermellón amortiguaron en el rostro de Lucía, intrigada cuando oyó sobre una recompensa cósmica en el Más Allá por ellas; sin embargo, hubo cierto temor cuando lo contradijo[37]. Y William inquirió si estaban en esa fecha, planteó la posibilidad de resucitación, si la asesinaba.

Viernes 05/IX/2008 11:55hrs.

(Lucía ve una muchacha sentada cerca del acceso principal al local; después de contemplarla, por unos segundos, mueve un poco el hombro para despertarla y desea buenos días cuando reacciona, saca las llaves del bolsillo, retira el seguro y la invita a pasar, escucha que necesita ayuda por la frecuencia de sueños extraños y experiencias paranormales horripilantes; mientras analiza el semblante y pregunta el nombre antes que el aura azul marino cambie en un parpadeo a morado claro.

En eso, la hechicera toca las manos y ve lo que piensa la afligida. De pronto, un escalofrío serpentea a ambas, requiere el permiso para extraer mechones y hay una respuesta positiva ante ello; entonces, recita un hechizo anestésico y al posicionarse detrás de Andrea Tosslin, alza las manos y varios mechones son arrancados de la raíz, los envuelve en papel hecho con placenta de Clea para preservarlos. Lucía pide que cuente sus experiencias sobrenaturales. Andrea cuenta que, antes de dormir, siente una presencia[38], cuyos maullidos horrorosos se dan por la imposibilidad de subir a la cama.

— ¿Eso es lo que ha pasado cada vez que le prestas atención? —cuestionó Hennessey. Tosslin afirmó—. Recomiendo que pongas un vaso con agua del grifo en medio del techo, es decir, tienes que medir la zona que está encima de tu cuarto y acomodar ese traste en el centro. El segundo paso es posicionar unas tijeras "ligeramente" abiertas en la boca del vaso y cubrir el piso con pimienta sin moler —Lucía debió decir *semillas de mostaza*, porque el otro ingrediente invita al contacto—, que son unas bolitas oscuras —Andrea cerraba los ojos mientras gesticulaba con los labios, señal que memorizaba el remedio esotérico—. El tercer paso es que consigas una bufanda de tela delgada, que mida casi dos metros de largo y treinta centímetros de ancho. Lo penúltimo es rezar <<Baba Nam Kevalam>>, para demostrarle que sabes protegerte y cada que entones, haces un nudo que abarque la bufanda, luego otro y sigues hasta que se materialice la entidad, a la cual le podrás pedir un deseo.
— ¿Pedirle un deseo? —la muchacha arrugó la frente.

Hennessey confiesa que el hechizo es para someter, entonces el objetivo hará cualquier cosa para liberarse, como conceder lingotes de oro. Ambas sonrieron. Tosslin dice que ese tormento tendrá un final agradable. La hechicera redacta <<Baba Nam Kevalam>> mientras asegura la efectividad del remedio.)

Martes 07/IX/2010 01:23hrs.

Al despertarse, Lucía no vio encima de ella a William, lamentó el sueño del pésimo consejo para Andrea: la presencia no concedió un solo deseo, aprovechó la vulnerabilidad de la invocadora para poseerla. Por ello, Hennessey rehusaba el retorno al local: el miedo incesante ante la inseguridad de proporcionar un consejo erróneo a un necesitado. Entonces, decidió que ocultaría el naufragio de William en el bucle.

Lunes 20/IX/2010 07:10hrs.

A diez minutos del campus, Dougray aceleraba el paso[39], evitaba un accidente con los pocos que transitaban a esa hora; De pronto, llamó la atención de Ulysses McKellen, inmerso en el calentamiento alrededor de la cancha de la facultad de Organización Deportiva y los dos se acercaron a la reja.

La playera ceñida color gris, el sudor resaltó el torso completo (aún más). Doug dijo que tenía clase con Serapio Benimarín, siguió su andar, imitado por su vecino y preguntó si llegaba tarde o perdió la

sesión.

— Yo debería correr, pero camino sin preocuparme —confesó Dougray y hubo correspondencia en las miradas.
— Irónico —esbozó una sonrisa sin disminuir la velocidad—. ¿Me esperas en la salida?

Fristen preguntó con intención de ligue, se sonrojó cuando cayó en cuenta, supo que debían conversar, la confesión casi logró que Ulysses no terminara de hablar y se estrellara con un árbol. Dougray sonrió y McKellen afirmó que cumplió el cometido del día; en tono sarcástico, deseó que *disfrutara* la sesión sobre "nazismo, represión y discriminación", alusión directa a la ideología del maestro; antes de acelerar el paso, Doug exclamó que Elizabeth estaba expulsada de esa clase.

En la Facultad de Trabajo Social, Fristen vio tulipanes recién plantados, tomó asiento cerca, buscó su celular para fotografiarlos y así haría las paces con Mónica, pues ambos adoraban esas flores. Pero hubo movimiento entre los tallos, se sorprendió y murmuró para sí mismo, se trataba de un cachorro de heno[40], el cual se incorporó en sus dos patas.

En voz baja, Dougray decidió que faltaría para llevarlo a la casa, la criatura reposó el cuerpo sobre la barda de concreto, lo analizó y descubrió que había pétalos verdes pera sobre el lomo, lo sostuvo e intentó retirarlos, creyó que estaban adheridos y sintió que algunas zonas eran de madera. Entonces, Clea[41] preguntó lo que Fristen sostenía, respondió que el animal tenía características poco comunes, reposó las yemas en el pétalo, estiró y la criatura chilló, porque la punta de la raíz emanó líquido rojo; de repente, ella bramó encolerizada que lo hirió, se acercó con lentitud mientras Dougray se petrificaba ante la mirada intimidante, el pequeño ser fue tomado y la fémina confesó que no cometería una locura: su piel parecía de madera, las puntas de esa cabellera larga se tornaron verdes, las pupilas se dilataron, la tonalidad de los iris sufrieron cierta expansión y hubo un holograma en el rostro (efecto en tercera dimensión).

— Los tulipanes sanarán la herida, prima —intervino Maureen y acarició la zona lastimada de su sobrino.
— Lo siento —masculló mientras manipulaba los recuerdos del muchacho sin proferir en voz alta una sola palabra—. No permitiría que lo dejaras por culpa de la muerte de mi versión del 2010 —argumentó furibunda.

Maureen pidió calma, aseguró a Clea que aún vivía, aunque dudaba esa suerte para ella y Lucía, sobreviviendo a miles de kilómetros para evitarse. La loba de heno agradeció el ánimo. Hennessey recordó que la apoyaría aunque no fuesen parientes, la palmeó, pidió se retiraran

antes que Lucía descubriese su ausencia.

Entonces, Maureen se acercó a Doug, perfeccionó el hechizo de memoria manipulada, luego lanzó una mirada de desaprobación a la loba de heno. El efecto fue rápido: Fristen caminó preocupado por la clase, ignoró a las dos féminas, desaparecidas tras el paso de una ventisca con hojas salmón.

Lunes 20/IX/2010 05:50hrs.

(Quince días después del infarto de Karina Crane, Jillian no tuvo inconvenientes para visitarla, pues escuchaba anécdotas familiares: el martes pasado conversaron sobre Gregory Crane[42], cómo se conocieron y lo escandalosa que fue la relación por el asunto racial; el miércoles hablaron sobre sus hijos: Mirna (madre de "los primos más raros y desesperantes", reconocimiento que Jill hacía), Raymond (el solterón, vicepresidente de una compañía importante y preferencias sexuales indefinidas), Rebecca (madre de Letizia, fallecida durante un asalto afuera de un casino) y Jonathan (padre de Jill), el cual —con su sola mención—, provocó una alteración en el ritmo cardiaco y la enfermera pidió reposo.

El jueves, Jillian no vio a su abuela por la segunda parte de los estudios médicos; además, aprovechó la ocasión para salir con Jerrod Mills, vieron *Groundhog Day* en el cine Elizondo, después cenaron en **Little Roof**[43] y aceptó una segunda cita. Al día siguiente, las primas y doña Karina platicaron sobre Mirna y Raymond; de pronto, salió el tema de Atlanta y Letizia Taylor negó el viaje para ver a Querían Trejos, su amor intermitente.)

Jill dedicó el fin de semana para acompañar a Dante y Virgilio, además de la lectura de Mallarmé para la materia Teoría de las vanguardias artísticas. Al final del domingo, la nieta decidió quedarse a dormir en el hospital, poco importó la incomodidad del mueble, la cual olvidó apenas cerró los ojos.

De pronto, escucha que su abuela le habla, pero sólo responde con un leve balbuceo, Karina aconseja que debe levantarse para las clases, ella refunfuña que no desea ir, la señora agrava la voz, provocando que su nieta exclame: "¡Ay, abuela!", con tedio. La señora Crane indicó que se le hará tarde si demora, fingió molestia y Jillian dice que no irá sin abrir los ojos, confiesa su anhelo por conversar más. Karina pide que preste atención y se marche, que tal lugar no es para alguien con toda una vida por delante.

No está adormilada cuando cuestiona a qué se refiere, la abuela señala con la mirada, plantea dónde cree que se hallan y supone,

sumamente confundida, está en el hospital.

— No, cariño. Te propusiste a seguirme, pero no perteneces aquí —reveló Karina, cabizbaja.

Poco a poco, abandona el sillón, pregunta qué sucede, doña Karina mira hacia otro lado, cuenta que ese tipo de imprevistos son raros, pero ocurren. Jill se rehúsa a la aceptación, se abstiene del llanto y escucha la promesa que las primas serán protegidas por ella para siempre. Con un esfuerzo sobrehumano, grita por su abuela, que no se vaya y doña Karina clama el nombre de su nieta.

Lunes 20/IX/2010 06:38hrs.

Jillian cayó del sofá. La señora permanecía acostada en la cama mientras contemplaba preocupada a su nieta. La muchacha lanzó una bocanada de aire —en señal de alivio— al cerciorarse que fue un sueño: su abuela estaba viva y sin ser abducida por una luz divina o un halo alienígena, en el peor de los casos.

La pregunta fue permeada por la angustia, temió por la salud de Jillian, lucía desorientada ante la hora. “Faltan veinte para las siete, flaca”, afirmó doña Karina. Ahora consciente, la muchacha contó sobre la visión, pero cuando la abuela intentó indagar, su nieta evadió profundizar en ello, quizá por temor en los detalles, que aquello se hiciese realidad en un futuro no muy lejano.

No obstante, reveló que si lo decía, el traslado a la realidad sería imposible, pues los sueños, si se guardaban con recelo, se transformaban en deseos; el planteamiento la persuadió, confesó que habían sido abducidos y la señora desaparecía entre un halo realmente luminoso. Entonces, la señora Crane se entusiasmó, Jill temió por el suero administrado, pero la anciana aclaró que viviría por mucho tiempo, lo supuso por su conocimiento del significado de los sueños. Pero Jillian abrazó la incredulidad, recogió un libro de Mallarmé, lo guardó y se cercioró de la secuencia en el cúmulo de papeles, que conformaban un ensayo sobre el poeta francés, también previó un montón de servilletas con escritos de la abuela, temió que el viento revolviese un supuesto orden.

Doña Karina pensó que viviría mucho tiempo, que la mala hierba nunca moría; no obstante, precisó dos cosas: Letizia debía comportarse y cuando la Fría aparecía, ya no había vuelta atrás.

— Créame. Ella se comportará. Así tenga que secuestrarla y tenerla encerrada en el sótano.

— Está saturadísimo.
— Bueno, en el de Mónica —respondió de inmediato y tiró una risotada—. Imaginé a Letizia en un pozo como en *El silencio de los inocentes*.

Karina recordó que, momentos antes, contaba con poco tiempo para retirarse; unos segundos después de eso, sonó el celular y era un *SMS* de Mónica. Mientras tecleaba un mensaje, Jillian avisó que la recogería sin Dougray, la abuela se extrañó por tal decisión, pero la muchacha carcajeó, contó que "el par de locos" discutieron por la insistencia hacia Gellar que corrigiese su libro (él lo escribió a mitad de la licenciatura); a la señora Crane no le quedó claro porqué su vecina hacía "como si la Virgen le hablaba" con ese asunto, luego la nieta reveló que Gellar era ajena a los géneros de los escritos de Fristen, diferentes a las predilecciones narrativas (Hemingway, Steinbeck y García Márquez). Un *RINGTONE* la interrumpió, Jillian frunció el ceño, Mónica aguardaría en el estacionamiento del hospital y dijo a su abuela que Dougray mandaba saludos, gesto que fue apreciado. La señora auguró que tuviese un excelente día, se abrazaron y la enfermera entró con el desayuno, quien deseó un buen provecho con amabilidad fingida.

Lunes 20/IX/2010 07:45hrs.

En el hospital, doña Karina sintió insatisfacción cuando destapó la bandeja, pensó en lo que comía en casa y un chasquido bastó para materializar su desayuno soñado: huevos revueltos, tiras de tocino, jugo de naranja recién exprimida y tostadas con mantequilla y maple. De pronto, Letizia intervino, enmudeció ante la comida servida y los nervios de su abuela provocaron un retortijón, uno temeroso por el poco ingenio para mentir, pero Verónika Letizia se aproximó, guiñó el ojo y actuó como si fueran cómplices, afirmó que también sobornaría por un platillo completo, preguntó si podía degustar la tostada.

La señora Crane pensó en lo cerca que estuvieron de partir durante el lapso idílico. Taylor Crane lamió los restos de miel en la comisura de los labios, pero una servilleta le fue entregada por parte de doña Karina, cruzada de brazos mientras miraba hacia la ventana.

[1] Es una canción proveniente del futuro: "Lust for life" (2017). Pero Jena Felkins conoce a Daniel Parker, un tecnócrata, es decir, individuo con la habilidad de conseguir artículos y pertenencias del futuro.

[2] La inteligencia artificial de la Agencia MHTC.

[3] Challemel Hotels es una compañía internacional fundada en 1911 por las hermanas Covington (actualmente conocidas como Jena Felkins y

Mafer D'Agosto). Para 1933, se convirtió en la primera cadena hotelera.

[4] Cuando un monstruo lo lleva a cabo, su apariencia humana e imperturbable por el tiempo desaparece y queda en evidencia cómo luciría si manifestara su verdadera edad; por lo general, ellos lucen como cadáveres o momias, pero eso no les afecta en la salud, aunque no es recomendable disponer por ratos prolongados del artilugio.

[5] Jerrod Mills Stroud (Olivier Bizet, en la MHTC) posee facciones similares al actor James McAvoy, ojos grises y una cabellera rizada, dorada y corta.

[6] Es una mancha oscura y gelatinosa de procedencia desconocida.

[7] Sus más de dos collares de madera tintinean, su oscura blusa vaporosa con mangas estilo vampiresa y pantalones acampanados del mismo tono permiten que sus pulseras verde azulado reluzcan.

[8] Alusión al personaje homónimo de Inmaculada o los placeres de la inocencia, libro de Juan García Ponce.

[9] Desde los insectos (grillos, moscas de frutillas y cicádidos) hasta los ladridos y los sonidos mecánicos de las aves.

[10] La reacción, la huida al sótano, encender la luz y asegurar la puerta.

[11] Es la madre de Elizabeth y Leslie Kinney. Recuperó su apellido de soltera tras divorciarse de John Kinney.

[12] Personaje perteneciente a la película Avalon High (Stuart Gillard, 2010). Al parecer, Elizabeth encuentra cierto parecido físico entre el actor Gregg Sulkin y Dougray Fristen.

[13] Elizabeth Kinney popularizó ese mote hacia la amistad entre Jillian Crane, Dougray Fristen y Mónica Gellar. Ulysses McKellen y Mark Teenen también se refieren a ellos de ese modo.

[14] En ese territorio, las hermanas Hennessey visten prendas específicas (conjuntos entallados y clásicos del siglo XVIII), cuya función es prevenir el ataque de las criaturas (los basajaunes) en esos parajes, situados entre el presente y el pasado.

[15] Ritual que consiste en anotar el nombre completo del objetivo sobre un pergamino e introducirlo en algún objeto.

[16] Es una loba de heno, criatura con aspecto animal, su pelaje es hierba y su piel es idéntica a la madera. Se transforma en persona en pocas ocasiones. Ella protege a las Hennessey por su lazo sanguíneo: son primas

hermanas.

[17] Los vampiros poseen magia que les permite funcionar cuando deberían estar muertos.

[18] Son humanoides con forma de árbol. Algunos solamente son árboles parlantes.

[19] Un golpe horripilante en la cabeza; la mitad desfigurada del rostro, como el zarpazo de unas garras demasiado filosas; el antebrazo derecho desmembrado a un costado del lobo; carece de una oreja mientras la otra pende de nada para desprenderse.

[20] Son entes que interactúan con personas como si fueran mortales, pero realmente son fantasmas con el permiso de rondar el plano terrenal durante el mes de octubre hasta el dos de noviembre.

[21] Consiste en provocar a un hombre atractivo, morder sus labios, conservar su sangre y mediante un encantamiento, lo anterior demostrará, a la humanidad, lo que la víctima lleva por dentro.

[22] La monstruo cree que ha sido comparada con el cazador alienígeno de la película con Arnold Schwarzenegger.

[23] Término asignado a víctimas de una monstruo llamada Lana Swinton. Las presas son depiladas por completo, luego encogidas a una estatura de diez centímetros, benéfico para la nutrición de un monstruo que precisa de una ingesta mínima de cinco cuerpos diarios (aproximadamente).

[24] Uno de los bosques hechizados de Guadalquivir, se encuentra la cabaña habitada por las hermanas Hennessey, quienes atienden seres sobrenaturales en busca de un remedio mágico para cierta situación.

[25] Ella aparenta sesenta en comparación a sus trescientos años.

[26] Hermana menor de Maureen y Lucía Hennesey, la cual tenía veintisiete años de edad.

[27] Se presume que ese cántico inverso se lleva a cabo en Haití y Nueva Orleans. Felkins se enteró por un contacto druida, también practicante de la necromancia.

[28] La indicación consiste en verter miel sobre las cabezas.

[29] Las hermanas Pope: Debra, Tara y Rowan, doppelgänger milésimo de Apolonia, también es famosa por asesinatos hacia estirpes esotéricas.

[30] En la mitología escandinava, es “el mejor de los caballos”, pelaje gris y posee ocho patas.

[31] “Te equivocaste, corazón. Te equivocaste”. <<Lana blanca y negra>> de Danilo Zárate.

[32] A. Covington es el nombre verdadero de la hermana menor de Jena; el seudónimo, por así decirlo, es María Fernanda “Mafer” D’Agosto. También es monstruo. No se dirigen la palabra desde los sesenta.

[33] Felkins viste una chaqueta de cuero verde pera; un BABY DOLL entallado color melón; zapatos a juego con la prenda de manas largas; uñas naranja suave; el cabello (rubio platinado) recogido en una cebolla, cercana a la nuca; labial salmón pastel; por último, unos aretes con fragmentos del colmillo de dragón snewberriug, también conformados por plumas finas color menta y limón.

[34] Consiste en barrer (recorrer) el cuerpo con un limón, partirlo, exprimirlo en el agujero del tallo de una manzana, cubierta por zarzamoras (regurgitadas por un lobo de heno), se sitúa todo en el fuego y el humo se inhala.

[35] La aplicación del dedo índice y el meñique.

[36] El Aniquilador es la unión de espíritus de perros sacrificados ante mandrágoras desde la época de los romanos. Es un enorme perro negro, cuyos ojos lucen como carbones ardientes, su tamaño es similar a un mastín.

[37] El fallecimiento anula la fortuna ahorrada, las monedas cósmicas son subastadas y el bucle ilimitado dicta que ellas deben vivir, pues lo realizado desde 1800 se anulará

[38] Un animal parecido a un gato; las patas delanteras son porcinas; las traseras, equinas.

[39] Dougray Fristen porta botines cafés con correas; un pantalón de mezclilla un poco ajustado; una camisa estilo leñador con tonalidades rojas, marrones y naranjas.

[40] El rostro es similar a un perezoso, la piel luce gris entre el pelaje, aunque casi inexistente.

[41] Su apariencia humana es alta, delgada, lucía cabello castaño oscuro, ojos verdes grisáceos.

[42] Abuelo paterno de Jillian Crane. El esposo de Karina era

afroamericano.

[43] Es una cadena restaurantera de comida rápida, enfocada en hamburguesas, papas fritas y otros platillos. Sus inicios se remontan en Guadalquivir y ante el breve lapso del TLC, acontecido en 1995, tuvo su auge a nivel nacional y después, internacional.